

CENIT

sociología
ciencia - literatura



José Peirats: La C.N.T. en la Revolución española.—Rudolf Rocker: Las concepciones autoritarias.—J. García Pradas: Flor de solaces.—Juan Papini: La gata pensadora.—Miguel Bakunin. La Rochefoucauld, Erasmo de Majewski, Charles Morgan, José Ortega y Gasset, Fr. Paulhan, Max Scheler, Oswald Spengler, Volney, J.S. Whale: Ideas sobre el hombre.—Eugen Relgis: El hombre libre ante la barbarie totalitaria. Entre las «élites» y las masas.—Ugo Fedeli: El movimiento makhnovista en la Revolución de Ucrania: I. Los anarquistas y la revolución rusa.—Alberto Carsi: Temas de actualidad: La locura de los descubrimientos.

NOTAS

A. Prudhommeaux: Secreto y violencia.—Angel Samblancat: Desbravar el sequizo.—J. Vilageliu: Pequeño episodio de la historia de España.—Campio Carpio: Alberto Rembao.

Septiembre 1951

REVISTA MENSUAL



Ayuntamiento de Madrid



Superadas todas las dificultades, el primer volumen de «LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA» sera puesto a la venta en la primera decena de septiembre.

Todos los pedidos deben dirigirse a: Martin Vilarrupla, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), acompañados del giro correspondiente a C.C.P. 1197-21 «CNT» hebdomadaire, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.), sin especificar otro nombre.

El precio de un ejemplar es de 600 francos. A partir de 5 ejemplares 10 por ciento de descuento.

Ediciones: C.N.T. de España en el Exilio.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA
Y LITERATURA

Director: A. GARCIA.—24, rue Ste-Marthe, Paris (X).

Administrador: M. VILARRUPLA.—4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 180 francos trimestre; Exterior, 210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año I

Toulouse, Septiembre 1951

N.º 9

LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA⁽¹⁾



DESDE 1936 han ido apareciendo gran cantidad de libros que tratan de la guerra civil española y del régimen franquista. Sin aludir a lo escrito por encargo del falangismo vencedor, y limitándonos a lo publicado por los solidarios con los vencidos, la mayor parte de estos libros adolecen de una deficiencia fundamental: la omisión de la C.N.T. o la conspiración del silencio alrededor de ella y de su participación en la revolución española. Contados autores han tenido el atrevimiento de rendir un sencillo homenaje a este importante sector de la vida social ibérica.

Destacar el papel de la Organización confederal a lo largo del proceso revolucionario es la misión principal de esta obra. Para semejante propósito hemos puesto a prueba toda nuestra capacidad objetiva. Corresponde al lector comprobar en qué medida hemos salido airoso. Por la parte que nos corresponde, y en nuestra calidad de juez y parte, confesamos nuestros temores. Nos remitimos, por tanto, a la indulgencia del lector.

En el plan general de la obra hemos procurado abreviar la parte expositiva por razones de espacio. Y por interés primordial en ceder la palabra a los hechos y a los textos. Respondemos de la autenticidad de estos últimos, que para mayor garantía reproducimos sin amaneramientos de forma, aun en aquellos casos en que el buen gusto estético aconsejaba hacerlo.

Abarcamos en este primer volumen una minuciosa relación de los acontecimientos—desde 1911 hasta 1936—en los que intervino la C.N.T. No obstante las dificultades con que hemos tropezado en el terreno de la documentación, creemos que ningún aspecto importante ha sido omitido.

Nuestras ambiciones se cifran en la publicación, como mínimo, de un segundo volumen, en el que pensamos resumir, siempre en conexión con las actividades de la C.N.T., los acontecimientos que siguen tras la fecha tope de este primer relato y hasta el fin de la guerra civil española.

El tiempo, las posibilidades y la buena voluntad de nuestros animadores tienen la palabra.

La crisis española es una de las más profundas que hayan podido sacudir a un pueblo. Se mide por siglos de duración, a los que corresponden luchas constantes entre el Estado y el espíritu popular. El Estado es dos veces centralista en España. El centralismo—natural en el Estado—tiene su campo de expansión en el centro geográfico, peninsular: en la ancha Castilla, tierra del absolutismo feudal y militar.

Como contrapartida al espíritu unitario, reflejo éste de una geografía unitaria—la de la meseta—, los bordes peninsulares, con sus sistemas de montañas, sus vegas y sus valles, forman un círculo de compartimientos a los que corresponden variedades infinitas de tipos, lenguas y tradiciones. Cada zona o recodo de este quebrado paisaje representa una entidad soberana, celosa de sus instituciones, orgullosa de su libertad.

He aquí la cuna del federalismo ibérico. Esta configuración geográfica fué siempre un semillero de autonomías lindantes, a veces, con el separatismo, réplica éste al absolutismo. Las pretensiones desmesuradas del Poder central, sobre pueblos con personalidad y cultura propias, han empujado con frecuencia a estos pueblos hacia soluciones de tipo cantonal. En este caso, el separatismo, desde sus primeros balbuceos históricos, no ha sido más que la desviación del espíritu de libertad, hecho paralelo al de nuestros individualistas rabiosos.

Entre el absolutismo y el separatismo—como entre el caudillismo y el individualismo—se yergue el federalismo. Se basa éste en la libre y voluntaria vinculación de todas las autonomías, desde las del individuo—realidad social por excelencia—hasta las de las regiones naturales o afines, pasando por el municipio libre.

La calurosa acogida que tuvieron en España ciertas influencias ideológicas procedentes del exterior, lejos de desmentir, afirman la existencia—apenas mitigada por siglos de extorsión—de un federalismo autóctono. El federalismo llovió en España sobre mojado. Sus manifestaciones más categóricas, aparte los movimientos regionalistas, el de los gremios valencianos (Germanías) y la propia guerra

(1) En el curso de este mes aparecerá el primer volumen de «La C.N.T. en la Revolución Española». Ofrecemos aquí a nuestros lectores la «Introducción» de la obra.

de las Comunidades de Castilla, pertenecen al mundo societario de los trabajadores.

En la segunda mitad del siglo pasado se produjo en el mundo el acontecimiento de la Primera Internacional de los trabajadores. Le dieron impulso los obreros franceses, belgas y suizos, adoctrinados por Proudhon. El federalismo político había sido introducido en España por la pluma de Pi y Margall. Los emisarios bakuninistas sembraron su federalismo, el libertario, entre la clase obrera española. El federalismo de Pi y Margall sirvió más los fines de la clase obrera que los intereses del partido republicano. Políticamente, el federalismo se limitó a vegetar, para desacreditarse finalmente desde el Poder en 1873. La clase obrera, cosechó el fruto de aquella desilusión: una cosecha ubérrima que hubo de quitar el sueño a los gobernantes restauradores.

Por primera vez en la Historia de España asistimos al renacimiento de la acción popular independiente de mentores políticos y de sus partidos; curada de cantonalismos y absolutismos; teniendo a gala el repudio de las fronteras; el del prejuicio de raza y el de la superstición religiosa.

Democráticamente hablando, España seguía contemplando su siglo y medio de retraso respecto de los principales países europeos y de América. Para distinguirse de algún modo, las fracciones políticas calificábanse entre sí de conservadoras y liberales, lo que no excusaba al Pueblo del espectáculo de los pronunciamientos. Sólo la clase trabajadora había sabido situarse a la altura de su tiempo. La Sección española de la Internacional concurrió, casi desde el comienzo, a los Congresos mundiales, representando nutridas Federaciones—de Cataluña, Levante, Aragón, Centro, etc.—e interviniendo en aquellos famosos debates en que se hablaba de las insuperables contradicciones del capitalismo, de la huelga general expropiadora y de la socialización de los medios de producción.

La lucha estaba entablada. Un nuevo factor, el proletariado, salía a la palestra dispuesto a dar el empujón supremo a tantas cosas como andaban mal en España. Lo que no habían intentado los partidos progresistas: levantar el país de su atraso cultural y de su miseria; emanciparlo del caciquismo religioso, señorial y militar, se lo propuso la clase aparentemente más atrasada. Los manifestos de los internacionalistas españoles son de una riqueza ideológica incalculable. Para valorarla huelga situarse en el marco de la época. Desafían al tiempo. Los firman, con orgullo, curtidores, torneros, tipógrafos, tejedores, etc. Se hace en ellos la disección de la sociedad del Estado, se enumeran sus injusticias y contradicciones de principio, se estigmatizan la explotación del hombre por el hombre mismo y la ley de la «libre concurrencia», que convierte al mundo en un mar infestado de corsarios con patente. Y esta crítica demoledora no es más que la introducción a brillantes páginas de teoría socialista genuina con ahinco en el federalismo a la moda de Iberia.

Se podrá quizás aducir una cierta desproporción entre el esfuerzo desarrollado por el obrerismo español y los precarios resultados obtenidos. Lo que está más allá de cualquier crítica, lo que resiste

al anhelo más exigente de efectividad es el fondo de generosa idealidad, de honradez, y el espíritu de lucha y de sacrificio de los libertarios españoles. Esta persistencia en la línea recta hacia la emancipación integral de los trabajadores, concitó sobre sus organizaciones cruentas tempestades represivas. Al proceso de la Internacional misma, en plena Cámara parlamenataria (consúltense los discursos de Garrido, Pi y Margall, Castelar, etc., sobre la Internacional), siguió la puesta al margen de la ley de aquella organización y la represión sobre sus militantes.

Lo que representa el movimiento obrero libertario para la vida política y social española no se mide solamente por sus efectos directos. Bajo forma de sociedades o gremios, más o menos independientes; como Federación Regional Española, en tiempos de la Internacional; como entidades agrupadas bajo el común denominador de Solidaridad Obrera (tras la represión), y, por último, como Confederación Nacional del Trabajo, el movimiento anarcosindicalista ha venido representando, durante los últimos ochenta años, un verdadero revulsivo para el ambiente político y social de España. Sin embargo, sería craso error creer que no ha sido más que esto.

En todo tiempo el anarcosindicalismo llevó consigo un intenso furor publicitario: científico, artístico, filosófico, pedagógico y ecléctico. Hay que atribuirle la paternidad de uno de los movimientos pedagógicos más interesantes producidos en la Península: el de la Escuela Moderna o Racionalista, el cual une su gloria al martirio de Francisco Ferrer Guardia.

Este movimiento, contra el decir de sus muchos detractores, está muy lejos de ser un desahogo demagógico cualquiera. El que se haya podido sacar partido de su «brusquedad» no quita valor a lo que en sí representaba. Los extremismos son inherentes a las corrientes renovadoras, y suelen acentuarse en razón directa del contraste mismo entre la innovación y la tradición. Y, a este respecto, si fuerte fué el choque entre un proletariado nacido a la vida de las inquietudes revolucionarias y un Estado español chapado a la antigua, mayor fué la colisión entre una concepción pedagógica moderna, embebida de positivismo materialista, y la enseñanza oficial monopolizada por clérigos y jesuitas.

Con la escuela moderna, y al unísono de las tareas pedagógicas tan trágicamente malogradas, se divulgó entre los trabajadores el fruto de los descubrimientos del siglo pasado, verdadero fruto prohibido en España.

Otra de las cualidades del movimiento obrero español es su independencia de toda influencia extraña, hecha excepción del anarquismo, nada extraño éste al temperamento del pueblo ibérico. Podemos repetir aquí que el anarquismo doctrinario de los emisarios de Bakunin encontró un terreno abonado en la idiosincrasia de nuestro Pueblo.

Más que una plataforma de lucha a ultranza, el anarquismo representa una concepción filosófico-social. Partiendo de la tendencia, natural en el hombre, a la libertad—concepción común a todas las corrientes del socialismo—, el anarquismo ha sido la sola corriente capaz de librarse de la contradicción entre las finalidades y los medios de

ejecución. Esta colisión la descubre el anarquismo entre el concepto de libertad y cualquier forma de autoridad.

La solución de este conflicto consiste en la abolición del principio de autoridad mismo. La propia autoridad no es menos autoridad que la que nos imponen los demás. La autoridad, negación pura y simple de la libertad, no puede ser nunca una solución de garantía. Todo lo contrario, la autoridad es el natural y más encarnizado enemigo de la libertad.

Otro de los descubrimientos del anarquismo es el sofisma de la autoridad como solución transitoria. La autoridad como medio degenera fatalmente en fin. Los procedimientos autoritarios no son nunca transitorios. Están ahí para ilustrarnos todos los experimentos, políticos o revolucionarios, que tuvieron el Poder por base. De ahí la irreductible oposición del anarquismo a la toma del Poder político, a la imposición de la libertad desde la cumbre.

Una de las más importantes batallas del anarquismo ha sido librada contra el marxismo. Empezó en el seno de la Primera Internacional y entre los respectivos partidarios de Marx y Bakunin. La decadencia del socialismo político en el mundo y el fenómeno soviético han zanjado, virtualmente, el problema en favor del anarquismo. La confesión de León Blum ante el Congreso del Partido Socialista francés (1945) es concluyente: «Al socialismo—dijo—sólo le quedan dos caminos: continuar siendo el gerente fiel y honrado del capitalismo o volver a las tácticas de Bakunin.»

Por lo que a España se refiere, el proceso de anarquización del movimiento obrero hay que buscarlo en dos direcciones: en el anarquismo temperamental de los españoles y en el descontento popular, producto de las inveteradas concupiscencias de la política del país. La C.N.T. inscribió en su bandera el principio de independencia de todos los partidos políticos y la más completa abstención en las llamadas luchas electorales y parlamentarias. Ello no significaba una renuncia al propósito determinativo en los destinos del país.

Muy al contrario. La clase obrera ha marcado siempre una divergencia con el llamado sindicalismo puro o intrascendente. De ahí su proclamación «finalista» y la aceptación de tácticas, principios y finalidades. La C.N.T. hace suyos los principios, tácticas y finalidades del anarquismo militante, que la fecundó y orienta constantemente.

Los objetivos de la C.N.T. son el agrupamiento de todos los explotados para las reivindicaciones de tipo inmediato y para la destrucción revolucionaria del capitalismo y del Estado. Su finalidad suprema es el Comunismo Libertario, sistema social basado en el municipio libre (comuna), federado local, regional y nacionalmente.

En cuanto al federalismo confederal, éste no es solamente una aspiración o finalidad; es la misma estructura orgánica y funcional de la C.N.T. Al extremo que por algunos teóricos se ha querido ver en la forma misma en que se mueven los Sindicatos, toman y aplican sus acuerdos, el funcionamiento de la Sociedad del porvenir.

Este funcionamiento es el siguiente. Los Sindicatos constituyen unidades autónomas, sin más ligazón con el conjunto confederal que los acuerdos

de carácter general adoptados en los Congresos nacionales, ordinarios o extraordinarios. Pero salvado este compromiso, los Sindicatos, y hasta las propias secciones técnicas de los Sindicatos, son libres para cualquier determinación que no sea en detrimento del conjunto orgánico. Este principio es riguroso, y puede afirmarse que son los Sindicatos quienes señalan y regulan directamente las orientaciones de la Confederación.

La base de cualquier acuerdo de tipo local, regional o nacional es siempre la asamblea general del Sindicato, a la que pueden concurrir y en la que pueden proponer, discutir y votar todos los afiliados. Las resoluciones son adoptadas por la ley de mayorías, atenuada por el voto proporcional.

Los Congresos extraordinarios se celebran según sugerencia de los Sindicatos reunidos. Hasta los puntos de discusión los sugieren las asambleas, en el seno de las cuales se discute el orden del día y se nombran delegados, mandatarios del acuerdo colectivo. Este funcionamiento federalista, de abajo a arriba, representa una prevención contra toda posible degeneración autoritaria en los Comités representativos.

Las tácticas de lucha de la C.N.T. son las propias del sindicalismo revolucionario, o sea la llamada «acción directa». Estas tácticas implican, por una parte, el rechazo de todo arbitraje, oficial o de cualquier clase, en los conflictos entre el capital (o el Estado) y los Sindicatos; por otra, la renuncia completa a la lucha electoral y parlamentaria.

Sus tácticas las ha deducido el anarcosindicalismo de sus propios principios y finalidades. Veámoslo.

La Confederación Nacional del Trabajo lucha por la supresión del capitalismo y el Estado. Según la C.N.T., el Estado es por naturaleza un órgano de opresión, de corrupción y de privilegio. Se entiende por Estado todo organismo central de Poder inseparable de un aparato represivo, militar o policiaco.

El Estado, del que el capitalismo no es más que su forma económica exterior, es el enemigo número uno del progreso social. El anarcosindicalismo estima al Estado incompatible con el liberalismo. El Estado no puede ser liberal sino en la medida en que son respetados los privilegios y jerarquías tradicionales que representa. Huelga decir que se entiende también como disfraz la transfiguración democrática del Estado. Para éste la democracia no ha sido más que una necesidad impuesta por las circunstancias y un instrumento eficaz en sus manos para mejor servir sus intereses de casta, de poder absoluto, de autoridad indiscutible, sin interferencias. El Estado obedece siempre a una mentalidad de casta.

Toda desviación del principio de lucha directa se sobreentiende como colaboración; es decir, como negación del principio de lucha de clases. El parlamentarismo, aparte de representar una escuela de corrupción y de demagogia, conduce fatalmente o bien a la conquista del Estado o a la colaboración con el Estado. La conquista del Estado es siempre una ilusión. El Estado conquista finalmente a todos sus conquistadores. O convierte en Estado a cuantos llegan hasta él, por sufragio o por asalto.

La acción directa confederal significa un ejerci-

cio permanente de lucha. Significa, por otra parte, la preparación técnica, moral, cultural y orgánica de los trabajadores con miras a la insurrección antiestatal decisiva que abrirá el paso a la gestión económica por los Sindicatos: al comunismo libertario.

En el plano económico inmediato, la C.N.T. acepta el principio de la lucha de clases, y en los conflictos con la burguesía no admite la interferencia de ningún poder extraño a las partes beligerantes. Todo arbitraje se entiende como conciliación, y ésta como principio de colaboración. Los intereses capitalistas y los de los trabajadores son irreconciliables. No hay que decir que la cuestión se complica cuando el conciliador, como ocurre en la mayor parte de los casos, es el Estado.

La colaboración con el capitalismo y con el Estado ha dado ya sus frutos, vistosos, pero amargos. Estos frutos son el llamado reformismo; es decir, las reformas de fachada, las eternas promesas, las dilaciones y las mixturas. La experiencia de la gestión reformista del socialismo y del sindicalismo político ha sido concluyente para el anarcosindicalismo. En la frase de León Blum, reproducida más arriba, respiran aquéllos por su propia herida.

El reformismo político ha sido un elixir de larga vida para el Estado capitalista y para el capitalismo de Estado. Ha sido la causa de la catástrofe ideológica de los trabajadores: la causa de la este-

rilidad del socialismo político y la causa de la domesticación del sindicalismo.

* * *

Con la publicación de la presente obra nos hemos propuesto dar a conocer al público lo que ha sido la participación de la C.N.T. en la revolución española, y lo que es y representa la Confederación misma; dar a conocer cuáles han sido sus glorias, sus sueños, sus vicisitudes, sus deficiencias y sus errores.

Dedicamos este trabajo a todos los estudiosos a quienes preocupan los problemas revolucionarios y sociales; a quienes no conocen de la C.N.T. otra cosa que estas tres letras simbólicas; a todos nuestros caídos bajo la represión del Estado: en los tiempos de Anido y Arlegui, durante la dictadura de Primo de Rivera, ante los fusiles de la Guardia civil republicana, en el 19 de Julio de 1936, en la guerra civil, en el destierro y en la resistencia contra el régimen de Franco. Lo dedicamos a cuantos amigos y simpatizantes nos han alentado en nuestra empresa y ayudado a reunir nuestras informaciones y documentos. Y, por último, lo dedicamos a la joven generación libertaria llamada a relevarnos en la marcha hacia una vida nueva.

José PEIRATS



LAS CONCEPCIONES AUTORITARIAS



La influencia de las diferentes corrientes políticas sobre el desarrollo del pensamiento socialista puede ser determinada netamente en cualquier país, y ha impreso un sello especial que se manifiesta, sobre todo, en la actitud que asumen sus partidarios frente al Estado. No existe, en efecto, concepción política alguna, desde la teocracia hasta la anarquía, que no haya encierra cierta expresión en el movimiento socialista. Los grandes precursores del socialismo moderno tenían en común una cosa: veían en la desigualdad de las condiciones económicas la verdadera causa de todos los males sociales, y se esforzaban en llevar esa convicción a la conciencia de sus contemporáneos. Saint-Simon y Fourier habían presenciado las tempestades de la Gran Revolución, y también Owen había sido testigo de las repercusiones inmediatas que tuvo aquel gran drama histórico en cuanto a la nueva estructura de Europa. La mayoría de sus discípulos procedían de la época del primer Imperio; por tanto, habían visto directamente los efectos inmediatos de la Revolución, así como el bonapartismo y las tendencias contrarrevolucionarias del periodo de la Restauración, juzgándolo, muchas veces, de modo muy distinto de como lo hicieron las generaciones posteriores, las cuales conocían todo aquello tan sólo a través de las descripciones de los historiadores, pues las impresiones vivas que recibimos del acaecer inmediato suelen ser muy diferentes de las representaciones que nos formamos a través de la perspectiva del tiempo.

Al considerar las ideas y actividades de aquellos primeros portavoces del socialismo en relación con su época, comprendemos su posición, con todos sus aspectos fuertes o débiles, sin tener que recurrir a esa clasificación, arbitraria e insignificante, de socialismo «utópico» y socialismo «científico». El hecho es que hombres como Saint-Simon, Considérant, Blanc, Vidal, y, sobre todo, Proudhon, en modo alguno consideraban al socialismo como revelación del cielo, sino como resultado natural del desarrollo económico, llegando así a conclusiones que tampoco lograron superar los pretenciosos representantes del llamado «socialismo científico».

Con excepción de aquellas tendencias cuyas aspiraciones procedían, de modo inmediato, de las tradiciones políticas del jacobinismo, de la doctrina comunista de Babeuf y de su «Conjuración de los Iguales», casi todas las escuelas del socialismo en Francia e Inglaterra tienen de común considerar que la realización de sus fines podía lograrse mediante una transformación pacífica de las instituciones sociales y la educación de las masas. Algunos han querido explicar ese rasgo característico por la carencia personal de temperamento revolucionario; otros destacan en él una ex-

traña ignorancia de las leyes de desarrollo social». Pero ambas tentativas de explicación carecen de validez, por el mero hecho de que no toman en consideración el fundamento del problema.

Muchos de aquellos llamados «utópicos» desempeñaron un papel importante en las conspiraciones de las sociedades secretas contra los Borbones. Entre ellos se hallan precisamente aquellos que, más tarde, como representantes de la nueva doctrina, nada esperaban de las insurrecciones revolucionarias. Bazard, Leroux, Buchez, Cabet y muchos otros fueron los miembros más activos de la «Carbonaria» francesa. Algunos de ellos habían estado afiliados a la sociedad secreta de los «Amigos de la Verdad». Buchez, el cual, después de la fracasada tentativa de la sublevación de 1821, había sido detenido y juzgado, escapó a la muerte gracias a un solo voto. Fué su amistad con Saint-Simon la que le llevó a otros caminos. Saint-Simon mismo, en su juventud, había participado en la sublevación de las colonias norteamericanas contra Inglaterra, y había combatido bajo el mando de Washington. Por tanto, difícilmente podría afirmarse que las inclinaciones revolucionarias fueran completamente ajenas a aquellos hombres. El hecho de que, después de experimentar un esclarecimiento interior por medio del socialismo, dejaran de esperar el éxito en los movimientos insurreccionales se explica teniendo en cuenta la nueva dirección de su pensamiento, así como por las condiciones prevaletantes en su tiempo. Habían reconocido que las raíces del mal social se hallaban a demasiada profundidad para que fuera posible eliminarlas simplemente mediante medidas violentas; además, no se podía esperar, en aquel entonces, apoyo alguno de las masas agotadas por largas guerras y sus consecuencias secundarias.

Así sucedió que la educación de las masas se convirtió, para la mayoría de los antiguos socialistas, en campo esencial de su actividad. Las experiencias dolorosas de la época les habían enseñado que una transformación más radical de la vida resulta imposible mientras que en la fracción pensante del pueblo no se hallan prendidas aún las nuevas ideas, y no se encuentre ésta convencida de la magnitud de la tarea que le incumbe. Las últimas palabras de Saint-Simon, dirigidas a su discípulo predilecto Rodríguez, «no olvides nunca, hijo mío, que es preciso tener el corazón lleno de entusiasmo por una idea para poder llevar a cabo grandes cosas», son la expresión más profunda de ese conocimiento. Pues las condiciones externas de vida no son sino el suelo alimenticio del que brotan las ideas de los hombres; pero son las ideas mismas las que hacen a los hombres aptos para cualquier nueva forma de existencia social y crean nuevas condiciones de vida.

Porque también la fe en la omnipotencia de la

revolución no es, al fin y al cabo, sino una ilusión que ha hecho mucho daño. Las revoluciones no hacen sino desarrollar los gérmenes que ya existían anteriormente y que penetraron profundamente en la conciencia de los hombres. Pero no pueden crear ellas mismas esos gérmenes, haciendo surgir un nuevo mundo de la nada. Una revolución es el desencadenamiento de nuevas fuerzas que ya actuaban dentro del seno de la vieja sociedad: fuerzas que, cuando ha llegado el momento, hacen saltar las viejas ligaduras, cual niño que, habiendo cumplido su tiempo de embrión, hace reventar la vieja envoltura para iniciar su propia existencia. Es característico de la naturaleza de la revolución la circunstancia de que la renovación de las condiciones sociales de vida no proceda desde arriba, sino que dependa de la actividad inmediata de amplias masas del pueblo, sin las cuales sería imposible una transformación auténtica. En este aspecto, la revolución supone siempre la conclusión de un determinado proceso de desarrollo, y, al mismo tiempo, representa el camino de una nueva estructura de la sociedad.

Pero ese rejuvenecimiento de la vida social por medio de la revolución sólo es concebible, sin embargo, cuando tiene lugar una expansión cada vez mayor de nuevas ideas y representaciones dentro del viejo cuerpo social; y también depende del modo más o menos decisivo de actuación de sus representantes. Al destacarse cada vez más, hasta quedar desnudas, las viejas formas de vida; al desarrollarse nuevas normas de valor, morales y sociales, se da lugar, paulatinamente, a una nueva atmósfera espiritual, cuya expansión continua socava el prestigio de las viejas instituciones sociales y de sus representantes, hasta que éstas se desmoronan completamente, incapaces de toda resistencia. El primer impulso hacia una transformación verdadera procede siempre de las minorías intelectuales vivas; pero la revolución sólo llega al despliegue total de sus fuerzas cuando amplias masas del pueblo se hallan imbuidas de la necesidad de un cambio radical de las condiciones sociales, desarrollando actividad en esa dirección. En un principio, la multitud lucha instintivamente, hasta que los impulsos indefinidos se condensan en grandes partes del pueblo, convirtiéndose en conceptos firmes y en convicciones íntimas.

Sin tener lugar tal desarrollo intelectual, no es concebible una revolución. Es la primera condición previa a cualquier cambio social, que estimula al pueblo a la resistencia y le da una mayor conciencia de su dignidad humana. Cuanto más profundamente penetren las nuevas ideas en las masas, ejerciendo su influjo sobre el pensamiento de los hombres, tanto más imborrables son las huellas que dejan en la vida de la sociedad. Por eso sería completamente erróneo considerar la revolución meramente como una transformación violenta de las viejas formas sociales dando la máxima importancia a la parte destructora de su obra. El aspecto destructor de la revolución no constituye sino un fenómeno secundario, que depende casi exclusivamente del grado de resistencia que ofrece el adversario. No en lo que destruye, sino en lo nuevo que crea, y que ayuda a dar vida, se revela su esencia. Son las tendencias creadoras, que libera de las tenazas de las viejas formas so-

ciales, las que dan a la revolución su importancia social e histórica.

Una revolución, por tanto, significa mucho más que un mero motín callejero, cuyos motivos están determinados por varios accidentes, cosa que nunca ocurre tratándose de una revolución auténtica, pues ésta constituye siempre el último eslabón en la cadena de un largo proceso de desarrollo, que sólo llega a término final por medios violentos. Allí donde no existen esas condiciones previas, una sublevación, en el mejor de los casos, podría producir un cambio superficial de las condiciones políticas, haciendo ascender al poder a nuevos partidos; pues el pueblo aún no se hallaría maduro para un conocimiento más profundo, esperando por tanto su salud únicamente de un nuevo Gobierno, como el creyente en la providencia divina.

La violencia por sí misma no crea nada nuevo. En el mejor de los casos, puede eliminar viejas y gastadas normas y abrir los senderos hacia un nuevo desarrollo, si las posibilidades fueran favorables. Pero no puede dar luz a ideas que han de prosperar y madurar en el cerebro de los hombres antes de manifestarse en forma práctica. En este aspecto, la violencia ha sido, en mayor proporción en la historia, una característica típica de la reacción, que se servía de ella para estrangular cualquier impulso creador y fijar el pensamiento de los hombres dentro de determinadas formas, mientras que la revolución tendía precisamente hacia lo contrario, allanando, sólo por esto, el camino para todos los cambios sociales más profundos.

La ruptura, mediante la violencia, con todas las viejas formas, muertas ya internamente, constituye a menudo el único medio para abrir camino a nuevas formas, pero nada tiene que ver con el «culto de la violencia» que se preconiza, sistemáticamente, por la reacción. Esta es la causa también de que cada revolución, tan pronto como desemboca en un nuevo sistema de violencia, ejercido por determinado partido, pierde su verdadero carácter y da lugar a la contrarrevolución.

El que desconoce este hecho, por mucho que presuma de «convicción revolucionaria», sigue siendo, en el fondo de su ser, tan sólo un «partidario revolucionario del golpe de Estado», el cual, consciente o inconscientemente, se halla en el campo de la contrarrevolución. Max Nettlau dió una expresión muy profunda a esta concepción:

«La idea babeuista y blanquista, que preconiza la llegada violenta al poder estatal y la dictadura, se aceptó, sin previo examen concienzudo, también fuera de los círculos conscientemente autoritarios; surgió la creencia en la omnipotencia de la revolución. Por mucho que yo la desee, y por mucho que respete esa creencia, su origen, sin embargo, es autoritario: es un pensamiento napoleónico que desconoce, lo cual no tiene importancia para los autoritarios, la auténtica penetración de cada individuo por el espíritu, el sentimiento y la comprensión sociales. El hecho de que éstos automáticamente se coloquen en una situación mejorada, es otro supuesto algo sumario, y no constituye una prueba convincente de que la nivelación alcanzada por el terror sea ningún argumento en favor de las revoluciones autoritarias.»

Rudolf ROCKER

FLOR DE SOLACES

COMO EL AGUA

Neto, claro, sencillo, natural
como el agua sonora de la fuente,
fluye el verso de mí, sea mi mente
lo que dé voz y luz a su caudal,
sea el «¡ay!» de mi trémolo cordial
lo que llóre en su linfa sonriente;
y, aun con ser mi poema transparente,
me has de ver reflejado en su cristal.

Mas no busques en él más poesía
que la que haya en tu propio corazón,
pues humana es, amigo, la emoción
que en mi estrofa halla cauce de armonía,
de igual barro es tu carne que la mía,
y hombre soy sin mensaje ni misión

MISTERIO COSMICO

De una edad las edades son segundos,
de un querer son querencias los quereres,
y un ser único, turbio mar de seres,
este eterno y sin fin mundo de mundos.

Inmortal en sus mismos moribundos,
por cuanto ha muerto y sido vives y eres,
por cuanto ha de vivir y ha de ser mueres:
para todo, al morir, todos fecundos...

Y este ciclo de parto y agonía
ciñe a un cielo estrellado de misterios,
sin respuesta a su cósmico «¿Por qué?»

No hay principio ni fin, rumbo ni guía,
que en el todo son nada los criterios
de sentido, razón, instinto y fe.

DE OMAR KAYAM

Sabio y santo de mozo consulté,
y aunque muchos discursos les oí
sobre el sino del hombre, lo que vi
fué que siempre salí por donde entré.

Su simiente de ciencia en mí sembré
y al cultivo afanoso esfuerzo di,
pero, en limpio, sólo esto recogí:
como agua vine y como viento iré.

Sin saber para qué, por qué o de dónde,
broté al mundo como agua manadera,
quiera o no destinada a alumbramiento;
sin saber para qué, por qué ni de adónde,
de la vida saldré, quiera o no quiera,
para ser, como tú, polvo en el viento...

LA GANGRENA

Cuando un día te sientas ofendido,
no acrecientes la ofensa recibida
con tu afán de vengarla, que su herida
no emponzoña ni se hurga el cuerdo herido.

Mal se cura del daño inmerecido
quien le pone mordaza y de él se olvida;
pero si, hecho rencor, daña tu vida,
no tendrás ni aun la cura del olvido.

La venganza es pasión que, aunque nos place,
vicia y pudre la sangre que caldea;
vale más el desdén, más el perdón,
pues si malo es el mal que se nos hace,
mucho más lo es el mal que nos malea,
¡la gangrena de llaga a corazón!

GALILEO Y MILTON

Preso está Galileo, aunque en su casa,
y, alrededor las tinieblas de la hoguera,
ciego de ojos entre ojos de ceguera,
su vejez silenciosamente pasa.

Cana está su cabeza, como brasa
que de luz se consume y se incinera
sin lograr que su fuego prenda fuera
ni que alumbre la lumbre en que se abrasa.

Llega Milton a verle, y ve un volcán
que en la noche cerrada arde por dentro:
ve a Sansón ciego en Gaza, y va a su encuentro;
mas transidos de horror sus ojos van,
pues presiente, al tender hacia él la mano,
que su sino pondrá en ella el anciano...

VOZ DE CANTARO

Bueno fuera, españoles, hablar bajo,
como el hombre que en sí mismo confía
porque tiene en los riesgos sangre fría,
y en la lengua, razón, no desparpajo.

Menos bronco y locuaz fuera el badajo
de no estar la campana tan vacía,
y algo menos vibrante voz tendría,
sin el hueco del pozo, el que está abajo.

Voz de cántaro tiene quien condena
porque teme juzgarse, y cuando inculpa,
con su culpa hincha el perro de la ajena

Si queremos que suene, y no a disculpa,
no alta y hueca, sino honda y llena
se ha de hacer nuestra voz de queja y culpa.

DE SHAKESPEARE

Cuando—el mundo y la suerte hoscas conmigo—
tan a solas mi espurio estado lloro,
y al sordo cielo inútilmente imploro,
y en mi sino reparo y lo maldigo,
deseando tener de éste el talento,
de ése el arte, del rico en esperanza

Ayuntamiento de Madrid

verme par en amigos y semblanza
—con mi prenda mejor menos contento—,
mal que así casi llegue a despreciarme,
si al azar pienso en ti, cual todavía
que del surco sombrío asciende al día,
suele al cielo cantando himnos alzarme.
pues tal dicha es tu amor, en recordado,
que el de un rey no cambiara por mi estado.

LOS DOS CAMINANTES

Descansando a la vera del sendero,
vi que un hombre, al pasar, vociferaba:
—¡Donde empieza la ciencia, el credo acaba,
y aborrece la fe el sabio sincero!

En sentido contrario al del primero
pasó otro hombre después, que musitaba:
—¡Sincero el sabio que la fe recaba,
pues da en credo la ciencia por entero!

Yo de vista perdí a los caminantes,
mas pensando sus frases, tan contrarias
cual sus rumbos, pasé el resto del día.

Tachonado de enigmas rutilantes
quedó el cielo, y, al ver sus luminarias,
preguntéme quién iba y quién volvía...

J. Garcia PRADAS



LA GATA PENSADORA



El doctor Alberto Rego no había sido siempre doctor, pero se había propuesto serlo desde que a los cinco años no cumplidos—«¡qué portento de muchacho!»—había comenzado con gravedad y constancia la primaria elemental. La predestinación al doctorado había circundado de luz severa a aquel infante blanco y despierto desde su más tierna niñez. Una fotografía en tamaño corriente que representaba al ilustre hombre a los nueve años, con una mano distraidamente apoyada en una baranda de madera y el rostro pensativo de un primero de clase, nos anuncia de un modo claro que aquel niño espera únicamente un poco de barba y una cátedra.

Las biografías futuras de Alberto Rego desmentirán la leyenda de que los grandes hombres no fueron casi nunca excelentes estudiantes. Nuestro doctor siguió uno tras otro todos los cursos que un gobierno bien intencionado impone a los jóvenes que quieren consagrarse, mediante adecuado precio, al servicio de la sociedad, y no se echó atrás un paso ni desperdió un segundo. Salió bien de todos los exámenes, se embebió de todas las ciencias, padeció toda clase de maestros. A medida que su cabecita crecía, íbala llenando horas, y con dosis fijas, de nuevo saber. No se detuvo ante ningún obstáculo, pero desdenó los caprichosos saltos de las almas inmoderadas.

Ajeno por naturaleza a toda forma de originalidad personal, supo contenerse austeramente en los límites señalados por los programas vigentes y tuvo la alegría, no amargada por la envidia, de ser siempre el primero de su clase. Así, al cabo de veinte años de rigurosa disciplina y molestos trabajos, llegó con precisión de calendario a la primera etapa de sus ambiciones y fué ante la ley y ante los hombres lo que siempre había sido en su pensamiento y en su más íntimo ser: doctor.

Mas esta primera e insigne victoria no le embriagó, y sólo se vió una señal exterior del cambio profundo que se había operado en su vida: se dejó crecer la barba. La dignidad de su nuevo título se lo imponía: ¿Quién se atrevería a censurarle por aquella pequeña exhibición de su nascente importancia? Un jovencillo de veintiséis años, rasurado, no se impone, no infunde respeto: parece todavía un estudiante. La barba es el símbolo de la fuerza, de la sabiduría, de la virilidad conquistada. Aquellos mechones de pelo rizado que caracolearon en la barbilla del doctor Rego, fueron el sello definitivo y esotérico de su doctorado, el principio de su autoridad y de su fama.

Pero un doctor con barba no puede estarse sin hacer nada: los enfermos le invocan, los ignoran-

tes lo esperan, el mundo entero está pendiente de sus labios legalmente doctorizantes. El doctor Alberto Rego estaba dispuestísimo a corresponder a tal expectativa, tanto más que aún le quedaban varios fines por alcanzar. Ya no le bastaba con ser doctor: quería llegar a profesor, a hombre de ciencia célebre, a jefe de escuela. Quería en suma ser un hombre de importancia reconocida, un maestro de los que no saben, un guía de conciencias, director y dueño de algo. Y aquí surgió en toda su esplendor la desmesurada grandeza de su ingenio.

Los hombres geniales se dividen, para quien no lo sepa, en tres categorías. Los hay que teniendo talento y genio, acaso no consiguen hacerse valer y reconocer por sus contemporáneos y mueren, por eso, pobres y casi ignorados. Hay otros que consiguen que fructifique el genio que realmente poseen y reciben el justo premio de su trabajo. Otros hay, en fin, que sin tener ninguna originalidad ni genialidad logran, con todo, hacerse considerar y pasar como originales y geniales. Todo su talento consiste en hacer creer a los demás que en efecto lo tienen.

A esta última especie pertenecía el doctor Alberto Rego. No tenía ideas, pero sobresalía en el arte de apropiarse las de los demás; no sabía hablar, pero sí repetir lo que había escuchado; no era capaz de inventar nada nuevo, pero estaba al tanto de toda novedad extranjera, para hacerse al punto su propagandista primero. No seguía la estúpida política de los imbéciles que consiste en odiar a los grandes hombres y huir de ellos. También él los odiaba, pero a escondidas: antes bien, buscaba su compañía para obtener de ellos, astutamente, lo que pensaban y decían y poder así recitar mejor ante los demás su papel de pequeño grande hombre.

Había descubierto de tiempo atrás, con aquella su profunda penetración, que con dinero y amigos se puede llegar a donde se quiera. Cuartos tenía por su casa—hijo y sobrino único de parientes ricos—y con los cuartos y sus virtudes los amigos acudían por batallones. Los cuartos le permitían comprar muchos libros, suscribirse a muchas revistas, tener en su casa muchos maestros y viajar cómodamente por toda Europa. Viajando veía otras novedades y obtenía nuevas amistades. Hablaba poco y mal, pero en cuatro o cinco lenguas, y los extranjeros en Italia y los italianos en el extranjero estaban sinceramente admirados de la extensión de sus conocimientos y de la diversidad de su ingenio. Su silencio le hacía venerable a ojos de los idiotas; su charla poliglota le introducía en la buena compañía de las celebridades exóticas; su disimulo hacíale grato a las gentes superficiales; y su cobardía le evitaba los puntapiés de los inteligentes y de los

fuertes. Tres o cuatro años tardó en tal fatigosa conquista de «parecer algo». Uno tras otro, su vaciedad ibase poblando de nombres, de teorías, de títulos y de cargos. A fuerza de pescar un poco de budismo en América, un poco de teosofía en Inglaterra, un poco de psicología en Alemania, un poco de gracia en Francia, tal cual teoría en Viena y algunos métodos en Berna, había llegado a obtener una cierta estimación en Italia. Ahora ya el aguilucho podía salir del nido y probar sus alas de papel con tanto esfuerzo fabricadas y pegadas. Más grande que César, llegó, no vió, y, con todo, venció. Reunió unos cuantos discípulos, fundó una revista, dirigió una colección, fué presidente de una sociedad, no tuvo ni siquiera un amigo, pero contó con millares de conocidos. Su libro de señas llegó a convertirse en un grueso catálogo dividido por naciones. Todos los congresos oyeron su palabra, toda revista insertó su prosa, toda sociedad escuchó sus comunicaciones, todos los cafés tuvieron el honor de que fuera su cliente—¡ay!—por una temporada. Como Fausto, quiso probar todos los conocimientos, se hizo místico, frecuentó a los magos, curó a los locos, indagó los misterios del alma, se arriesgó a la literatura y se las dió de entendido en música. Pero no bastaba. Era menester algo que lo distinguiese de todos los doctores que tienen barba y que hablan de todo.

Entonces introdujo por primera vez en nuestro país un procedimiento húngaro para curar las enfermedades sin medicinas. Este método consistía en hacer el análisis gramatical de las conversaciones de los enfermos y servirse de las palabras así obtenidas para provocar sueños terapéuticos. Sobre su puerta, un gran letrero en mármol blanco con letras rojas anunció que estaba dispuesto a curar a todo el mundo por aquel su método ajeno. Mas no tuvo fortuna. Acudieron únicamente tres o cuatro señoras o señoritas histéricas, las cuales, como después se vió, buscaban en el médico al hombre sobre todo. Pero el doctor Alberto Rego no quiso contaminar con fáciles conquistas el santuario de la ciencia y la pureza de su laboratorio. ¿O es que tal vez, como dijeron algunos maliciosos murmuradores, nuestro hombre había perdido, en las largas vigiliass de sus estudios, todo rastro de masculina bestialidad? No está probado el hecho y nosotros preferimos atribuir al misticismo aquellas victorias sobre los sentidos.

Pero después de algún tiempo nuestro doctor perdió toda pasión por el nuevo método. Otros doctores, celosos de su gloria, también habían estudiado el húngaro sin más objeto que robarle su secreto, y le hacían una descarada competencia. Su especialidad ya no era únicamente suya. Era menester encontrar otra.

La rebusca no fué difícil. En aquel tiempo, un matemático finlandés había empezado a estudiar la inteligencia del reno y conseguido ya resultados maravillosos. Los renos leían, hablaban con signos convencionales, habían aprendido las cuatro reglas y hacían esperar que comprenderían, al cabo, la regla de tres. Estas victorias de la inteligencia humana y animal eran absolutamente desconocidas en Italia, pero empezaban ya a ser discutidas en Holanda y en Polonia. El doctor Re-

go no dudó un momento. Hizo la maleta, se echó mil liras al bolsillo, y cargado de cuadernos partió para Finlandia. Los milagros de los renos eran auténticos. Nuestro hombre de ciencia pudo asistir a todos los experimentos y se convenció con facilidad de que también los animales saben pensar. Basta con educarlos y mandarlos al colegio para que igualen a nuestros más aplicados estudiantes. ¿No vió con sus propios ojos a un oso negro que a fuerza de zarpazos leía sin equivocarse una fábula de Krilat?

Poseído de tan estupefaciente novedad, el doctor Rego volvió a su casa decidido a iniciar por su cuenta las experiencias y hacerse el jefe indiscutible de una gran escuela de psicología animal. Era difícil, sin embargo, escoger los animales destinados a gozar los frutos de la nueva enseñanza. Los caballos y los burros eran demasiado llamativos y molestos y, sobre todo, comían exageradamente en estos tiempos de forrajes caros. Excluyó a los perros porque le recordaban un mal paso suyo. Pero una noche, ya tarde, cuando regresaba a su casa meditabundo, pensando en la elección, se encontró casualmente con un pobre gato perdido, que se lamentaba junto a la trampa de una bodega.

Un relámpago cruzó la mente aguda del doctor. ¡He aquí el animal designado y predestinado! Aquel misterioso felino oriental, caro a los poetas y a los filósofos, compañero de sus aplicadas vigiliass, amigo de la noche y de la meditación indolente, era lo que precisamente le convenía. Se acercó al triste gato, lo acarició, hizose su amigo, rascándole la cabeza, y se lo llevó a su casa. Una vez en ella, una comida abundante y extraordinaria de carne pasada y mortadela, le conquistó para siempre su devoción. Desde el día siguiente, el gato fué instalado en un cuartillo del que sólo el doctor tenía la llave, y la instrucción comenzó. El gato, según pudo ver el doctor, luego de depurado examen, era gata, pero el sexo para nada había de influir en el experimento. Se trataba de todas maneras de una gata dotada de una inteligencia poco común. El cuartito se llenó de dibujos, de cuadros, de láminas, de bolitas, de dados, de libros para niños.

Todos los días el doctor se encerraba allí durante varias horas y se oía su voz de falsete dominando imperiosa los tímidos maullidos de la gata. A fuerza de paciencia, de repeticiones, de cordilla, de golpes y de caricias, la educación del pobre animal avanzaba a grandes pasos de mes en mes. Al año y medio, leía—sirviéndose de un alfabeto convencional, a golpes de pata—muchísimas palabras; demostraba entender su sentido; respondía a tono a las preguntas del maestro y había llegado incluso a calcular el interés simple y compuesto de cualquier capital. Pero estos resultados no le bastaban al doctor Rego. A aquellas mismas cosas habían llegado también los renos finlandeses y él quería que la gata italiana maravillase con las más complicadas gestas a todo el universo científico. Otro curso fué menester para que la desgraciada estudiante fuera capaz de llegar al álgebra y de hacer uso de palabras abstractas. «Esta—decía para sí el doctor Rego—es la verdadera y decisiva conquista. Mientras se trata

de que los animales reconozcan las cosas tangibles y visibles, la dificultad no es muy grande, pero cuando se consigue hacerles comprender las invisibles y teóricas, entonces la victoria es completa y queda probado terminantemente que la inteligencia de los animales puede igualar a la de los hombres.»

Entretanto, algo de la estupenda obra del doctor había transcendido al exterior, y muchos curiosos y algunos hombres de ciencia insistían para ver y conocer a la gata sabia. El doctor Rego, casi terminada ya su enseñanza, y temeroso de que alguien se apropiase la primacía de aquella gloria consintió de grado en ello e invitó a su casa a una sociedad escogida, compuesta sobre todo de médicos, ocultistas y señoras. Aquella famosa noche, la casa del sabio italiano se vio llena de gente anhelante y charlatana. Al fondo de una sala de gusto horrendo, pero bastante grande, una mesita cubierta de un tapete rojo esperaba a la gata prodigio. Cuando apareció al cabo, acompañada de su perceptor en traje de sociedad, todo el mundo sintió una gran desilusión. Era una vulgarísima gata negra, de ojos amarillos y fijos y unas orejas largas y enhiestas. El doctor no quiso tomar la dirección de las pruebas para que no se creyese en una simple transmisión del pensamiento o en un vulgarísimo truco, y, dando con voz temblorosa algunas explicaciones e instrucciones, se alejó de la sala.

Un viejo profesor, elegido por los allí presentes, se acercó al animal y los experimentos empezaron. La pobre gata examinó un terceto del Dante, hizo tres multiplicaciones, respondió a muchas preguntas de física y de zoología y dijo de memoria—batiendo siempre con su pata derecha de la manera convenida—una poesía de Stecchatti.

Una señora, que había llevado a propósito un libro ilustrado, quiso ver si el animal pensador sabía reconocer los objetos. Entonces asistieron al colmo de las maravillas. La gata no sólo decía el nombre de la cosa representada en la figura, sino

que añadía por cuenta suya algún que otro juicio. Por ejemplo, al ver a una vieja, añadió: «Fea». Ante una gallina, luego de decir su nombre, continuó: «Buena». El gran descubrimiento del doctor Rego se confirmaba, pues, así, sin duda alguna: ¡los animales podían llegar incluso a emitir juicios!

Los profesores, los budistas y las señoritas estaban en sus glorias, y ya se disponían a dar por terminada la sesión y aclamar al prodigioso maestro, cuando un matemático allí presente tuvo la idea de presentar a la gata el último retrato del célebre doctor. El animal lo miró fijamente con sus ojos amarillos, surcados por el corte negro de la pupila, y luego comenzó lentamente a dar con la pata sobre el tapete rojo. Empezó por una «i», luego vino la «m», después la «b», seguida de la «é», y así, una tras otra, una «c», una «i», y, por último, una «l»: «¡Imbécil!».

Un momento de silencio, luego unas risillas, alguna cara colorada, un rumor de toses voluntarias y de sillas. Nadie habló en alta voz. La gata, tranquila y pacífica, contemplaba a la turbadísima reunión con sus ojos claros y relucientes entre el pelo negro. Parecía comprender que su educación se había logrado hasta el punto de poder juzgar ella a sus maestros. Un animal había dicho la palabra que tantos hombres no se atrevían a pronunciar ante el célebre sabio.

Todo el mundo se apresuró a marcharse, y el doctor Rego fingió no haberse dado cuenta de nada, no obstante haber escuchado detrás de la puerta desde el principio del experimento. Gracias a su fuerza de voluntad y a su constancia, presto se vengó. Una facultad universitaria le llamó a su seno poco tiempo después para ocupar una cátedra de Psicología animal, y la gata demasiado inteligente murió por aquellos mismos días de oscura y sospechosa muerte en casa de su maestro.

Juan PAPINI



IDEAS SOBRE EL HOMBRE

I



El hombre no es el único animal inteligente de la tierra. Lejos de eso; la psicología comparada nos demuestra que no existe ningún animal absolutamente privado de inteligencia, y que cuanto más una especie, por su organización, y sobre todo por el desenvolvimiento de su cerebro, se aproxima al hombre, más se desarrolla su inteligencia y más, también, se eleva.

Pero sólo en el hombre ésta llega a lo que se llama propiamente la «facultad de pensar», es decir, de comparar, de separar y de combinar entre sí las representaciones de los objetos, tanto exteriores como interiores, que nos son dados por nuestros sentidos; de formar grupos de ellos; de comparar y de combinar aún entre sí estos grupos, que no son ya seres reales, ni representaciones de objetos percibidos por nuestros sentidos, sino «naciones abstractas», formadas y clasificadas por el trabajo de nuestro espíritu, y que, retenidas por nuestra memoria, otra facultad del cerebro, llegan a ser el principio o la base de esas conclusiones a que llamamos las «ideas». Todos esos funcionamientos de nuestro cerebro habrían sido imposibles si el hombre no estuviera dotado de otra facultad complementaria e inseparable de la de pensar: de la facultad de reunir y de fijar, por decirlo así, hasta en sus menores variaciones y sus modificaciones más delicadas y más complicadas, todas esas operaciones del espíritu, todas esas actividades materiales del cerebro, mediante signos exteriores; si el hombre, en una palabra, no estuviera dotado de la «facultad de hablar». Todos los demás animales tienen también un lenguaje—¿quién lo duda?—, pero, así como su inteligencia no se eleva jamás por encima de las representaciones materiales, o, a lo sumo, por encima de una simple comparación y combinación de esas representaciones entre sí, del mismo modo su lenguaje, desprovisto de organización e incapaz de desenvolvimiento, no expresa sino sensaciones o nociones materiales, jamás ideas. Puedo, pues, decir, sin temor a ser refutado, que, de todos los animales de la tierra, sólo el hombre piensa y habla.

Sólo él está dotado de ese poder de abstracción que, sin duda fortificado y desarrollado en la especie humana por el trabajo de los siglos, elevándole sucesivamente «en sí mismo», es decir, en su pensamiento, por encima de todos los objetos que le circundan y aun por encima de sí mismo en tanto que individuo y especie, le permite concebir o crear la idea de la Totalidad de los seres, del Universo y del Infinito absoluto: idea completamente abstracta, vacía de todo contenido y, como tal, idéntica a la Nada, sin duda, pero que, sin

embargo, se ha mostrado todopoderosa en el desenvolvimiento histórico del hombre, porque habiendo sido una de las causas principales de todas sus conquistas y al mismo tiempo de todas sus divagaciones, de sus desdichas y de sus crímenes posteriores, le ha arrancado de las supuestas beatitudes del paraíso animal para precipitarle en los triunfos y en los tormentos infinitos de un desenvolvimiento sin límites.

Gracias a ese poder de abstracción, elevándose por encima de la presión inmediata que los objetos exteriores ejercen sobre él, el hombre puede compararlos unos con otros y observar sus relaciones mutuas; he ahí el origen del análisis y de la ciencia experimental. Gracias a esa misma facultad, el hombre se desdobra, por así decirlo, y, separándose de sí mismo, se eleva en cierto modo por encima de sus propios movimientos interiores, por encima de las sensaciones que experimenta de los instintos, de los apetitos, de los deseos que se despiertan en él, lo mismo que de las tendencias afectivas que siente; lo cual le da la posibilidad de compararlos entre sí, del mismo modo que compara los objetos y los movimientos exteriores, y de «tomar partido» por unos contra los otros, según el ideal de justicia y de bien, o según la pasión dominante, que la influencia de la sociedad y de las circunstancias particulares han desarrollado y fortificado en él.

Miguel BAKUNIN

II

Hay tantas diversas especies de hombres como diversas especies de animales, y los hombres son, con respecto a los otros hombres, lo que las diferentes especies de animales son entre sí y con respecto unas a otras. ¡Cuántos hombres hay que viven de la sangre y de la vida de los inocentes: unos como tigres, siempre feroces y siempre crueles; otros como leones, guardando cierta apariencia de generosidad; otros como osos, groseros y ávidos; otros como lobos, ladrones e implacables; otros como zorros, que viven de expedientes, y cuyo oficio es engañar!

¡Cuántos hombres hay que corresponden a los perros! Destruyen su especie; cazan por el placer del que les nutre; unos siguen siempre a su amo, otros guardan su casa. Hay lebreles perdigueros, que viven de su valor, que se destinan a la guerra, y que tienen nobleza en su coraje; hay dogos encarnizados que no tienen otra cualidad que el furor; hay perros, más o menos inútiles, que ladran a menudo, y que muerden a veces; hay hasta perros de jardinero.

Hay monos y macacos que agradan por sus maneras, que tienen ingenio, y que hacen siempre mal; hay pavos reales, que tienen belleza, que molestan por su canto, y que destruyen los lugares que habitan.

Hay pájaros que no son recomendables sino por su gorjeo y por sus colores. ¡Cuántos loros, que hablan sin cesar, y que no entienden jamás lo que dicen; cuántas urracas y cornejas, que no se domestican sino para robar; cuántas aves de presa, que no viven sino de rapiñas; cuántas especies de animales pacíficos y tranquilos, que no sirven sino para nutrir a otros animales!

Hay gatos, siempre al acecho, maliciosos e infieles, y que esconden las uñas; hay víboras, cuya lengua es venenosa, y de las que el resto es útil; hay arañas, moscas, chinches y pulgas, que son siempre molestas e insoportables; hay sapos, que dan horror, y que no tienen más que veneno; hay buhos, que temen la luz. ¡Cuántos animales que viven bajo tierra para conservarse! ¡Cuántos caballos, que se emplea a tantos usos, y que se abandona cuando no sirven ya; cuántos bueyes, que trabajan toda su vida para enriquecer al que les impone el yugo; cuántas cigarras, que pasan su vida cantando; cuántas liebres, que tienen miedo de todo; cuántos conejos, que se espantan y se tranquilizan en un momento; cuántos cerdos, que viven en la crápula y en la basura; cuántos patos privados, que traicionan a sus semejantes y los atraen a las redes; cuántos cuervos y buitres, que no viven sino de podredumbre y de cuerpos muertos; cuántas aves pasajeras, que van tan a menudo de un mundo a otro, y que se exponen a tantos peligros para buscar de qué vivir; cuántas golondrinas, que siguen siempre el buen tiempo; cuántos abejorros, imprudentes y sin plan; cuántas mariposas, que buscan el fuego que las quema; cuántas abejas, que respetan a su jefe, y que se mantienen con tantas reglas y tanta industria; cuántos zánganos, vagabundos y holgazanes que tratan de establecerse a expensas de las abejas; cuántas hormigas, cuya previsión y economía alivian todas sus necesidades; cuántos cocodrilos, que fingen quejarse para devorar a los que son conmovidos por sus quejas! ¡Y cuántos animales que están sometidos porque ignoran su fuerza!

Todas esas cualidades se encuentran en el hombre, y practica con respecto a los otros hombres todo lo que los animales de que se acaba de hablar practican entre sí.

La ROCHEFOUCAULD

III

¿Qué es el hombre? A pesar de todo lo que se ha dicho sobre este punto, la cuestión es siempre actual, no profundizada, siempre igualmente oscura.

Y somos desde luego sorprendidos por la contradicción que presenta la definición resultante del estudio de la civilización desde el punto de vista natural, y el principio inicial del mundo: la unidad de las fuerzas en la naturaleza. La primera nos muestra una solución de continuidad; el segundo no admite ninguna solución de continuidad.

Este principio no nos permite suponer que el hombre salió enteramente formado del cerebro de Minerva. Sabemos que está ligado genéticamente con todo el mundo orgánico, y, por él, con el universo inorgánico mismo. Sabemos que está sometido a las mismas leyes de desenvolvimiento que todo lo que le rodea. Ahora bien; aunque todo eso es indubitable, no es menos cierto que el hombre, antes de llegar a ser un elemento social, ha sido un elemento no social; en otros términos, «se ha constituido de un elemento no social».

Ha habido un tiempo en que le faltaba la propiedad que hoy le distingue de las especies animales, aun de las más avanzadas en su desarrollo.

Estamos tentados de preguntarnos si entonces era hombre.

Esa pregunta es, sin embargo, secundaria, porque sólo tiene valor «puramente formal»; la hacemos, no obstante, para mostrar que la respuesta «depende de nuestra voluntad, de la manera en que queremos concebir el hombre».

Si llamamos hombre al representante de nuestra raza, a partir del momento en que ha llegado a ser un individuo sociable, aunque sólo fuese en un grado ínfimo, el ser antesociable debe ser considerado como un animal.

Si llamamos hombre al representante de nuestra raza a partir del momento en que ha adquirido una suma suficiente de caracteres zoológicos que le hacen diferente de las otras especies de animales más próximas a él, caracteres que constituyen hoy las propiedades zoológicas de su especie, deberemos llamar hombre a este ser antesociable.

Elucidamos aquí una cuestión formal... Y... debemos decirnos que no es posible trazar una línea precisa de demarcación entre el hombre y el no hombre. Todas las delimitaciones de ese género deben ser artificiales y convenientes.

Lo mismo que la civilización, el hombre se hunde por sus raíces en el reino animal de donde ha escapado.

Aunque bajo esta forma eso no haya sido todavía demostrado, nos parece indiscutible que los caracteres sociológicos del hombre se formaron más pronto (tal vez aun mucho más pronto) que la aptitud a diferenciarse funcionalmente en asociaciones, o, dicho de otro modo, que la aptitud de los individuos a reunirse en aglomeraciones de funciones diferenciadas. Pero, lo repetimos, no hay ahí, por el momento, sino una pura cuestión de forma, la cual podemos resolver a nuestro gusto, según lo que llamemos los caracteres zoológicos del hombre. Pero, bajo esa cuestión, nace otra, que debemos resolver. Es esta: ¿qué es lo que ha hecho del hombre un ser excepcional sobre la tierra, es decir, qué es lo que le ha hecho «un hombre, un ser sociable»?

Erasmus de MAJEWSKI

IV

Toda nuestra salud mental reposa sobre la creencia de que la naturaleza del universo es armonía y no caos y de que el hombre, como decía Quiller-Couch a sus alumnos, es «una parte del

Un universo tan ciertamente como las Pléyades o Arturo. Y nadie le impedía entonces proseguir: «Además, siente en sí mismo una armonía que corresponde a la armonía más vasta del mundo al cual interroga. Su corazón aspira y lanza su sangre al compás; como las plantas de que se nutre, nace, crece, se reproduce, goza del tiempo que le es concedido y lo embellece, después muere y retorna a la tierra; regula su vida por las estaciones: el estío y el invierno, las siembras y la cosecha le rodean con su ritmo sin cesar recurrente y le vuelven a encontrar cada vez en pie con su casa, su jardín cada vez un poco mejor cultivado, su tarea siempre un poco más cerca de su remate. ¿Y después? Pues bien, después, evidentemente, ha desaparecido; otro ha tomado su puesto y cava su campo. Pero en tanto que dura su vida, el cerebro detrás de su frente bañada en sudor es el punto lúcido a donde todo el universo circundante converge, como el sol, a través de una lupa; y el hombre no es reducido a cenizas. Al contrario, siente que todo eso es suyo...»

Es esa una página magnífica y plena de sabiduría. Los mentís que estos últimos años parecen haberle dado no la quebrantan. Tal vez aun antes del fin de este siglo su veracidad será restablecida y el hombre podrá mirar las estrellas «que son el cerebro del cielo» y sentir de nuevo «que todo eso es suyo». Por el instante le es difícil conservar intacta la noción de una relación entre él mismo y «todo el universo circundante». Puesto que no es ya cierto que «goza del tiempo que le es concedido y lo embellece, ni que «regula su vida por las estaciones»; aprecia los testimonios del Orden de la Naturaleza no porque «todo eso es suyo», sino por la razón inversa de que su verdad no es quebrantada por la mentira suya. Las flores, las mareas, las estrellas, en su ritmo sin cesar recurrente, han llegado a ser para él lo que las cartas son para un soldado que combate en tierra lejana; en el atoladero en que vive, los mensajes de un mundo donde el Orden ha sido preservado. Las ama, las espera como el viajero, en el desierto, espera la fuente, porque, testimonios de vida, traen además la «sensación de no sentir» esa pesadilla de disgregación que, sin ellas, le parecería haber ganado todo el universo.

Charles MORGAN

V

El destino del hombre es... primariamente «acción». No vivimos para pensar, sino al revés: pensamos para lograr pervivir. Este es un punto capital en que, a mi juicio, urge oponerse radicalmente a toda la tradición filosófica, y resolverse a negar que el «pensamiento», en cualquier sentido suficiente del vocablo, haya sido dado al hombre de una vez para siempre, de suerte que lo encuentra, sin más, a su disposición, como una facultad o potencia perfecta, pronta a ser usada y puesta en ejercicio, como fué dado al pájaro el vuelo y al pez la natación.

Si esta pertinaz doctrina fuese válida, resultaría que, como el pez puede—desde luego—nadar,

pudo el hombre—desde luego y sin más—pensar. Noción tal, nos ciega deplorablemente para percibir el dramatismo peculiar, el dramatismo único, que constituye la condición misma del hombre. Porque si por un momento, para entendernos en este instante, admitimos la idea tradicional de que sea el pensamiento la característica del hombre—recuerden el «hombre», animal «racional», de suerte que ser hombre equivaliese—como nuestro genial padre Descartes pretendía—, a ser «cosa pensante», tendríamos que el hombre, al estar dotado de una vez para siempre de «pensamiento», al poseerlo con la seguridad que se posee una cualidad constitutiva e inalienable, estaría seguro de ser hombre como el pez está seguro—en efecto—de ser pez. Ahora bien; es ése un error formidable y fatal. El hombre no está nunca seguro de que va a poder ejercitar el pensamiento, se entiende, de una manera adecuada; y sólo si es adecuada, es pensamiento. O dicho en giro más vulgar el hombre no está nunca seguro de que va a estar en lo cierto, de que va a acertar. Lo cual significa, nada menos, que esta cosa tremenda: que, a diferencia de todas las demás cualidades del universo, el hombre no está, no puede nunca estar seguro de que es, en efecto, hombre, como el tigre está seguro de ser tigre y el pez de ser pez.

Lejos de haber sido regalado al hombre el pensamiento, la verdad es—una verdad que yo ahora no puedo razonar suficientemente, sino sólo enunciarla—; la verdad es que se lo ha ido haciendo, fabricando poco a poco, merced a una disciplina, a un cultivo o cultura, a un esfuerzo millenario de muchos milenios, sin haber aún logrado—ni mucho menos—terminar esa elaboración. No sólo no fué dado el pensamiento, desde luego, al hombre, sino que, aun a estas alturas de la historia, sólo ha logrado forjarse una débil porción y una tosca forma de lo que, en el sentido ingenuo y moral del vocablo, solemos entender por tal. Y aun esa porción ya lograda, a fuerza de cualidad adquirida y no constitutiva, está siempre en riesgo de perderse y en grandes dosis se ha perdido, muchas veces de hecho, en el pasado y hoy estamos a punto de perderla otra vez. Hasta ese grado, a diferencia de los demás seres del universo, el hombre no es nunca seguramente «hombre» sino que «ser hombre» significa, precisamente, estar siempre a punto de no serlo, ser viviente problema, absoluta y azarosa aventura o, como yo suelo decir: ser, por esencia, ¡drama! Porque sólo hay drama cuando no se sabe lo que va a pasar, sino que cada instante es puro peligro y trémulo riesgo. Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. No sólo es problemático y contingente que le pase esto o lo otro, como a los demás animales, sino que al hombre le pasa a veces nada menos que «no ser hombre». Y esto es verdad, no sólo en abstracto y en género, sino que vale referido a nuestra individualidad. Cada uno de nosotros está siempre en peligro de no ser el «sí mismo», único e intrasferible, que es. La mayor parte de los hombres traicionan de continuo a ese «sí mismo» que está esperando ser y para decir toda la verdad, es nuestra individualidad personal un personaje que no se realiza nunca del todo, una utopía incitante, una leyenda secreta, que cada cual guarda en lo más hondo de su pecho.

Se comprende muy bien que Píndaro resumiese su heroica ética en el conocido imperativo: «llega a ser lo que eres».

La condición del hombre es, pues, incertidumbre sustancial.

José ORTEGA y GASET

VI

El hombre es una especie de animal que inventa. Ataca al mundo por todas partes y con medios nuevos. Y puede hacerse la ilusión de la conquista del universo y de la asimilación universal, que nada, por lo demás, le permite esperar, porque es infinitamente probable o que llegue a cristalizarse en cierta forma psíquica y social forzosamente limitada, puesto que definida, forzosamente imperfecta, puesto que la existencia perfecta es contradictoria, o que las condiciones de la vida abandonen el punto del universo donde ostentan su orgullo antes de que haya podido impulsar muy lejos su conquista y aun hacerse una idea un poco justa de la obra emprendida.

No tengo ningún deseo de rebajar su obra. Es cierto que el hombre plega a sus designios una parte creciente de la materia. La superficie del globo le está en gran parte casi sometida, penetra—no muy lejos—en su interior para extraer de allí también medios de acción, se eleva y se guía en una delgada capa de su envoltura aérea, los animales y los vegetales son utilizados por él, domesticados, sometidos o amenazados de exterminio, aprende a defenderse contra los infinitamente pequeños y aun a servirse de ellos. Por su industria, por cierta coordinación general de los esfuerzos humanos y un pálido esbozo de humanidad, por la organización del trabajo y tal vez más aún de la guerra, ha ciertamente sobrepujado los sueños brumosos de sus primeros antepasados. Su inteligencia, su imaginación, sus deseos se extienden aun mucho más allá que sus actos y que sus conquistas, y preparan en ciertos respectos sus actos futuros y las conquistas del porvenir. Así se bosqueja un vasto sistema del cual las sociedades humanas son el centro y el fin principal, lo «propio» esencial, que se ha ido ensanchando singularmente y unificándose bastante para que, ante la obra colectiva que une a las razas humanas entre sí y les sujeta una parte cada vez mayor del mundo, se está tentado de olvidar sus discordias, de olvidar las condiciones generales de la vida y de la existencia, y sobre todo las condiciones mucho más duras y más estrictas de la miserable vida humana.

Por eso la ambición del hombre ha sobrepujado sus actos y aun sus facultades de obrar, y aun creo su imaginación. El hombre parece desear confundirse a sí mismo. Hay en él una acumulación de fuerza sin empleo o mal empleada que se gasta en aspiraciones confusas. Su desequilibrio crea su ambición, necesaria, pero desmesurada. Las religiones, las filosofías que creen en un Dios eterno y

todopoderoso, la favorecen evidentemente y pueden incluso transmitirle cierta fecundidad. Gracias a ese Dios, el hombre puede participar, en esta vida o en una vida venidera, de la ley universal y eterna del universo; si ha conformado su vida al designio divino, no será Dios, sin duda, pero estará al menos en pleno acuerdo con él, en armonía con el poder soberano que rige los mundos. El panteísmo va hasta absorber enteramente al hombre en la divinidad. Somos, en el fondo y esencialmente, o seremos el mundo entero y la universal armonía. La felicidad sin fin de todos los seres o el aniquilamiento de las individualidades distintas en la substancia infinita y perfecta han sido sueños aplaudidos. Otros más modestos se han contentado con una confederación de los planetas. Se nos ha recomendado muchas veces la conformidad al orden natural, se nos ha impulsado a penetrar por la razón la esencia del mundo, lo que es el preludio de una anexión; se nos ha afirmado que una verdadera moral debe ser una «moral cósmica»: una moral simplemente humana parecía muy insuficiente...

Hay que decir, sin embargo, que lo que se ha realizado parece muy pequeño, muy mezquino y aun un poco ridículo al lado de lo que se ha soñado. A menos que se prefiera hallar el ridículo en un sueño tan desproporcionado con las dimensiones y el poder del ser que en él se deleita.

Fr. PAULHAN

VII

El hombre ha demostrado hasta hoy en su evolución ser un objeto de inmensa plasticidad. Por eso, el mayor peligro para una antropología filosófica, es concebir una idea del hombre «demasiado estrecha», derivándola, sin darse cuenta, de una sola «forma natural» o «histórica» del hombre. La idea del «animal racional», en sentido clásico, era demasiado estrecha. El «homo faber» de los positivistas, el hombre «dionisiaco» (Klages), el hombre como «enfermedad de la vida», el «superhombre», el «homo sapiens» de Linneo, el «homme machine», el hombre poder de Maquiavelo, el hombre «libido» de Freud, el hombre económico de Marx, el «caído» Adán, hechura de Dios; todas estas representaciones son sobremanera estrechas. Todas son, por decirlo así, ideas de «cosas». El «hombre», empero, no es una cosa, es una dirección del movimiento del universo mismo; más aún, de su fundamento. El «hombre» es «microcosmos» y «viviente lleno de espíritu»; ideas cuyas mallas espero que no se encontrarán ya demasiado angostas. «Así, pues, ¡plaza al hombre y a su movimiento esencialmente infinito! ¡No quede fijado en un «ejemplo», en una forma, sea de la historia natural o de la historia universal!» «La humanidad lleva en sí un número ilimitado de desenvolvimientos más misteriosos y más grandes de lo que se piensa.» (L. von Ranke).

Max SCHELER

VIII

¿Desde cuándo existe el hombre? ¿Qué es el hombre? ¿Cómo ha venido a ser hombre?

La contestación es: el hombre se ha hecho hombre por la mano. La mano es un arma sin igual en el mundo de la vida movediza. Compáresela con la pata, el pico, los cuernos, los dientes y las aletas natatorias de otros animales. Por una parte, concéntrase en la mano el sentido del tacto, hasta tal punto que casi puede considerarse la mano como órgano táctil, junto a los órganos de la visión y de la audición. No solamente distingue lo caliente y lo frío, lo sólido y lo líquido, lo duro y lo blando, sino también, y sobre todo, el peso, la figura y el lugar de las resistencias, en suma, las «cosas del espacio». Pero, además, por encima de esto, compéndiase en la mano la «actividad» de la vida tan completamente, que toda la actitud y la marcha del cuerpo—simultáneamente—se ha configurado con relación a la mano. No hay nada en el mundo que pueda compararse con ese miembro palpador y activo. Al ojo del animal rapaz que domina «teóricamente» el mundo, añádesese la mano humana, que lo domina «prácticamente».

Debió de originarse «súbitamente», en comparación con el ritmo de las corrientes cósmicas. Debió nacer de pronto, como un rayo, un terremoto, como todo lo que en el acontecer del Universo es decisivo y hace época en el más alto sentido de la palabra. También en esto debemos desprendernos de las concepciones que mantuvo el siglo pasado y que se hallan comprendidas en el concepto de «evolución» desde las investigaciones geológicas de Lyell. Las variaciones lentas y flemáticas corresponden al modo de ser inglés, pero no a la naturaleza. Para sostenerla acudióse a la consideración de millones de años, puesto que en los periodos de tiempo mesurables nada semejante se encontraba. Pero no podríamos distinguir las capas geológicas si no hubiesen sido separadas unas de otras por «catástrofes» de índole y origen desconocido; y no podríamos conocer «especie» alguna de animales fósiles si éstos no hubieran aparecido «de pronto», manteniéndose «invariables» hasta su extinción. «Nada» sabemos de los «antepasados» del hombre, a pesar de las indagaciones múltiples y de las comparaciones anatómicas. Desde que se conocen esqueletos humanos es el hombre lo mismo que hoy. En cualquier reunión popular pueden verse ejemplares del hombre de Neanderthal. Es también completamente imposible que la mano, la marcha erguida, la posición de la cabeza, etc., se hayan desenvuelto sucesivamente unas de otras. Todo esto apareció junto y súbitamente. La historia del Universo avanza de catástrofe en catástrofe, podamos o no concebirlas y fundamentarlas. A esto llamamos hoy, desde H. de Vries, mutación. Es éste un cambio interior, que súbitamente hace presa de «todos» los ejemplares de una especie, sin causa, naturalmente, como todo lo que sucede en la realidad. Es el ritmo misterioso de lo real.

Pero no sólo la mano, la marcha y la actitud del hombre debieron surgir a la vez, sino también—y esto es lo que nadie ha observado hasta hoy—«la mano y la herramienta». La mano inerme no tiene valor por sí sola. La mano «exige» el arma,

para ser ella misma arma. Así como la herramienta se ha formado por la figura de la mano, así inversamente «la mano se ha hecho sobre la figura de la herramienta». Es absurdo pretender separarlas en el tiempo. Es imposible que la mano ya formada haya actuado ni aun por poco tiempo sin herramienta. Los más antiguos restos humanos y las más antiguas herramientas tienen la misma edad.

Pero lo que si se ha dividido, no temporal, sino lógicamente, es el «manejo» técnico, tanto en la «producción» de armas como en su uso. Así como existe una técnica de fabricar violines y otra técnica de tocar el violín, así también hay una técnica de construir buques y otra técnica de navegar, la preparación del arco y la habilidad de dispararlo. Ningún otro animal de rapina «elige» las armas. Pero el hombre las elige, y no solo las elige, sino que «las prepara» según su reflexión personal. De esta suerte adquirió una tremenda superioridad en la lucha contra sus semejantes, es decir, contra los demás animales, contra la naturaleza entera.

«Esto significa la liberación con respecto a la coacción de la especie»; y esto es algo único en la historia de la vida sobre este planeta. Así es como «advino» el hombre.

Oswald SPENGLER

IX

El hombre achaca en vano sus desventuras a «agentes oscuros e imaginarios»; en vano busca a sus males «causas misteriosas». En el orden general del universo, sin duda su condición está sujeta a inconvenientes; sin duda su existencia está dominada por «potencias superiores»; pero esas potencias no son ni los decretos de un destino ciego, ni los caprichos de seres fantásticos y raros: así como el mundo de que forma parte el hombre está regido por «leyes naturales», regulares en su curso, consecuentes en sus efectos, inmutables en su esencia; y esas leyes, «manantial común de los bienes y de los males», no están escritas a lo lejos, en los astros, u ocultas en códigos misteriosos; inherentes a la naturaleza de los seres terrestres, identificadas con su existencia, en todo tiempo y en todo lugar están presentes en el hombre, obran sobre sus sentidos, advierten a su inteligencia, y hacen que cada acción tenga su castigo o su recompensa. ¡Que el hombre comprenda esas leyes! ¡Que comprenda la naturaleza de los seres que le rodean, y su propia naturaleza! y conocerá los motores de su destino; sabrá cuáles son las causas de sus males, y cuáles pueden ser sus remedios!

Cuando la «potencia secreta» que «anima el universo» formó el globo que el hombre habita, imprimió a los seres que lo componen «propiedades esenciales» que llegaron a ser la «regla» de sus movimientos individuales, el lazo de sus relaciones recíprocas, la causa de la armonía del conjunto; por ahí, estableció un orden regular de causas y de efectos, de principios y de consecuencias, el cual «bajo una apariencia casual», gobierna el universo y mantiene el equilibrio del mundo: así, atribuyó

al fuego el movimiento de la actividad; al aire, la elasticidad; a la materia, el peso y la densidad; hizo el aire más liviano que el agua, el metal más pesado que la tierra, la madera menos resistente que el acero; ordenó a la llama que ascendiera, que descendiera a la piedra, a la planta que vegetase; al hombre, «queriendo exponerle al choque» de tantos seres diversos y a pesar de todo «preservar su frágil vida», le concedió la facultad de «sentir». Por esta facultad, cualquier acción perjudicial a su existencia le produce una sensación de «pena» y de «dolor»; y cualquier acción favorable, una sensación de «placer» y de «bienestar». Por esas sensaciones el hombre, ora desviado de lo que hiere sus sentidos, ora arrastrado hacia lo que los halaga, ha sido «obligado a amar» y «a conservar su vida». Así, «el amor de sí, el deseo de bienestar, la aversión del dolor», han sido las «leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre por la Naturaleza misma»: leyes que la potencia ordenadora, sea cual fuere, estableció para gobernarle, y que, semejantes a las «del movimiento en el mundo físico», han llegado a ser el principio simple y fecundo de «todo lo que ha pasado en el mundo moral».

Tal es, pues, la condición del hombre: sometido, por una parte, a los elementos que le rodean, está sujeto a muchos males inevitables; y si en esta decisión la naturaleza se ha mostrado severa, justa, por otra parte, y aun indulgente, no sólo ha moderado esos males con bienes equivalentes, sino que ha concedido además al hombre el poder de aumentar los unos y de aliviar los otros; ha parecido decirle «Débil obra de mis manos, nada te debo, y te doy la vida; el mundo en que te colocó no fué hecho para tí, y sin embargo te concedo su uso; lo hallarás mezclado de bienes y de males: a tí te corresponde distinguirlos, tú eres quien debe guiar tus pasos por sendas de flores y de espinas. Sé árbitro de tu suerte; te entrego tu destino.» Si, el hombre se ha hecho el artesano de su destino; él mismo ha creado poco a poco los reveses y los éxitos de su fortuna; y si a la vista de tantos dolores con los que ha atormentado su vida ha podido gemir por su debilidad o por su imprudencia, considerando de qué principios ha partido y a qué altura ha sabido elevarse, tal vez tiene más derecho aun a presumir de su fuerza y a enorgullecerse de su genio.

VOLNEY

X

Primero que todo, le gusta hacer cosas, lo cual quiere decir que es un artista. Ese trabajo creador con escoplo y cepillo es algo más que una simple afición: es un bello arte que le produce ese gozo profundo que todos los artistas experimentan. Pero allá, muy en lo hondo, le produce también un extraño descontento. Y como todos los artistas, jamás se siente satisfecho. Si hace una mesa de pino, ¿no soñará en hacer otra, más fuerte, más perfectamente ensamblada, más bella, de roble o de nogal? ¿Y se conformará con hacer mesas? ¿No le comunicará muy pronto a su esposa su anhelo de obtener el gozo de trabajar en la manufactura de una regadera giratoria? Y, una vez que

dicha regadera esté instalada en la toma de agua del jardín, ¿no será muy probable que a los dedos de ese hombre les dará muy pronto la comezón de aprender a tallar las patas del sillón en que se mece?

El hecho es que aspiramos más allá de lo que podemos lograr, cuando nuestra vitalidad es rica y excitante. La pieza más bella del arte que podáis hacer en madera o en piedra, en óleos o palabras o notas musicales, os dejará siempre pensando con añoranzas en «la» mesa o «la» silla, en «el» cuadro, «el» poema o «la» sinfonía que no habéis creado aún, pero cuyo modelo eterno se halla, como si dijéramos, guardado en el cielo. Los hombres comunes y corrientes son soñadores incorregibles. Jamás pueden escapar a los ideales que los asaltan de una manera que a la vez los perturba y los deleita. Como artistas, todos sabemos en alguna medida que lo infinito no puede proporcionar ningún gozo final, ninguna satisfacción perfecta. No puede sostenerse en serio que la vida terrenal nos ofrece oportunidad adecuada para el desarrollo de nuestras capacidades espirituales.

De todos modos, los grandes artistas confiesan eso y os dicen que nada de lo que hacen se halla terminado en el verdadero sentido de la palabra. Acostumbraba a decir el pintor Burne Jones que lo único que para él daba por terminado un cuadro era el coche que venía para llevarse. Vulgarmente se suponía que Leonardo de Vinci había terminado su gran fresco de la Última Cena cuando recogió sus pinceles y se marchó. Pero leemos que durante mucho tiempo después súbitamente podía salir de su casa y atravesar toda la ciudad para darle al cuadro un toque más con el pincel. Ninguna obra de arte está jamás terminada a satisfacción del verdadero artista; aquella grúa que dejaron en lo alto de la inconcluida catedral de Colonia, y que según creo se halla todavía allí, es el símbolo verdadero del hecho de que aspiramos más allá de lo que podemos lograr y de que la vida, en su más rica expresión, señala siempre más allá de sí misma. El carpintero que ama su arte, está en realidad apelando al mundo eterno de la verdad y la belleza precisamente cuando me dice que está satisfecho con su época y con este mundo.

Nadie negará, por supuesto, que también halla profunda satisfacción en su inventiva y su pensamiento, en lo que hace y en lo que sueña. Los triunfos más altos del espíritu humano son sacramentales, respiran el aliento de la eternidad. Como la música del órgano y el coro de voces llenas que Milton oía en la catedral, «me disuelven en éxtasis, y me ponen todo el cielo delante de los ojos», y sólo entonces siento que vivo plenamente. La Belleza, la Verdad y la Bondad no adornan simplemente la vida como el listón con que se ata una caja de bombones de chocolate, sino que «son» los bombones mismos. No son simplemente como esos bellos adornitos plateados que los reposteros colocan en un pastel y que son para verse, pero no para comerse, sino que son la sustancia misma del pastel y no nada más su decorado; son condición de la vida plena y no un mero ornamento. Es por estas cosas por las que los hombres viven.

J. S. WHALE

EL HOMBRE LIBRE ANTE LA BARBARIE TOTALITARIA

ENTRE LAS "ELITES" Y LAS MASAS⁽¹⁾



U refugio en las cimas alpestres—durante la primera guerra mundial y después de ella—no constituyó, para Romain Rolland, un retiro, sino el medio de adquirir fuerzas para una nueva lucha. Lejos de la agitación y de la atmósfera en ebullición de París, pudo concentrarse «para orientar un alma turbada—la mía, la de

Europa y del mundo—por el formidable desquiciamiento de toda una época de la humanidad». Así, desde su «eremitorio», cerca de una gran arteria internacional que une el Occidente al Oriente, pudo ensanchar su campo de observación y entrar en relación personal con numerosos representantes culturales y espirituales de otros continentes. Del Asia, de la India: Gandhi, Tagore, Nehru, Lajpat Raj, el Dr. Ansari, J. C. Bose, y la juventud avanzada del Extremo Oriente; del Japón, de Indochina. Del otro lado del Atlántico, las Américas; la del Norte le era familiar desde hacia tiempo; pero descubrió los nuevos horizontes de la América indolatina: México, Argentina, Brasil, el Perú, donde Victor R. Haya de la Torre luchaba contra el tirano de su país. De esos años datan las numerosas cartas y los mensajes que envió a los lejanos defensores de la libertad en países que casi nunca han conocido la verdadera libertad individual ni popular.

Una consecuencia de sus relaciones fué que Rolland abandonara definitivamente el punto de vista paneuropeo que sostuvo durante la guerra. Para él era una etapa rebasada: los otros «euro-peístas» llegaban con retraso, y cuando, en 1925, el Conde R. Coudenhove-Kalergi, que fundó en Viena el Movimiento Paneuropeo—o Paneuropa—, le invitó a asociarse a él, Rolland respondió, «¡No! El momento ha pasado... ¡Nada de supernacionalismo europeo! Ahora hay que trabajar por el agrupamiento del mundo entero». Ante las amenazas que veía acumularse entre Europa y Asia, «debe realizarse (como declaró a un periodista americano) la unión mundial de los hombres cultos de todos los países contra el enemigo común: la barbarie nacionalista, extendida por toda la tierra».

Cinco años después, en un manifiesto dirigido, el 28 de enero de 1930, a una reunión de maestros

de escuela, insistió en su negativa: «Veo, agazapados tras la fachada de Paneuropa demasiados intereses enormes y demasiadas amenazas para el porvenir». Se trata de un «bloqueo» político que quiere explotar al resto de la tierra; su consecuencia será la guerra contra los otros bloques, «que él habrá provocado». No hay que fiar en palabras altisonantes. «La palabra «internacional» no vale más, por sí misma, que la palabra «nacional», si son los mismos hombres quienes con ella indistintamente se adornan». El capitalismo opresor dicese también internacional, al igual que los grandes capitanes de industria y los burgueses fascistas del Occidente. La nueva reacción de Europa se dirige contra la Revolución rusa. «No acepto en manera alguna—escribía Rolland—una Europa que no haya aceptado la U.R.S.S. sin reservas mentales. Ya que, cualesquiera que sean los errores de ésta..., cualesquiera que sean los fracasos contra los cuales se hayan estrellado los sueños del comienzo..., la U.R.S.S. continúa siendo la barrica da indispensable contra la reacción europea, el contrapeso necesario al fascismo que, bajo todas sus formas, se infiltra en las venas del Occidente».

Si en la época de la primera guerra mundial Rolland combatió el «belipacismo», ahora está dispuesto a hacer otro tanto contra el «pacibelicismo». Y en su lucha contra los nacionalismos, no olvida «barrer la puerta de su propia casa», prosiguiendo en Francia una campaña en favor de la reconciliación francoalemana. Ha previsto las enojosas consecuencias de la ocupación de la Ruhr; ha pedido «la reparación de las injusticias cometidas por los vencedores». Si por visión política, si no por generosidad y sentimientos humanitarios, Francia hubiese tomado—durante los primeros años de la postguerra, cuando toda la fuerza estaba a su lado—la iniciativa de la revisión del tratado de Versalles, habría quizás podido evitarse a Alemania «la desesperación y la demencia asesinas en que ha caído con Hitler». Ha previsto que de ese tratado de paz sólo puede surgir la dictadura, y que «en un plazo que no puede evaluarse, volverá la guerra entre Francia y Alemania, con redoblado odio y mutua destrucción... Los hijos de estos países están condenados a un temible porvenir». (De la «Rassegna Internazionale», julio de 1923).

Acudiendo también en defensa de los intelectuales oprimidos por la reacción en España (Unamuno deportado a Canarias), en Alemania (los presos políticos encarcelados en las fortalezas bavareas) y en otros países, Rolland se ha guardado de otorgar «a la causa de la «élite» intelectual un trato de favor a expensas de la masa trabajadora». Ha

(1) El incansable Eugen Relgis, apenas aparecido el libro suyo sobre Romain Rolland de que ya CENIT ofreció a sus lectores un fragmento, acaba de terminar otro, también en torno a Romain Rolland, más definitivo. De este libro, cuyo título revela toda su importancia: *L'Homme libre devant la Barbarie Totalitaire*, he aquí un capítulo que el autor ha querido sean nuestros lectores quienes primero lo conozcan.

reaccionado contra el orgullo de sus colegas convencidos de la primacía de su casta, esforzándose en derribar las barreras que otros alzaban entre los intelectuales y el pueblo, al igual que, frente al aislacionismo europeo «de la Paneuropa, que pretendía erigirse en portaestandarte de la civilización», preconizó la colaboración activa y permanente de todas las razas de la humanidad.

Más tarde, «todos esos buenos sentimientos, abstractamente concebidos, faltos de medios de realización», se le hacen «fastidiosos». Ha rehusado, desde el año 1924, luchar bajo la bandera de una «élite» «cuyo problema debía anteponerse al del pueblo», como escribía el filósofo Louis Rougier, heraldo de la cultura latina, proclamada como tipo superior a todas las demás culturas. Para éste, el problema social es un problema de cultura; una sociedad determinada, sin ser necesariamente la más moral, puede favorecer «mejor el desarrollo de una «élite», es decir: de la ciencia, del arte, de la humanidad, sin las cuales la vida no vale la pena de ser vivida... Pero Rolland se niega categóricamente a participar en esa lucha por la salvación de una «élite» y de la cultura occidental, como (cita a Rougier) «Beocio y Simmaco creyeron necesario defender el patrimonio sagrado de la civilización contra el peligro que les amenazaba». No, no vé por parte alguna ningún pueblo elegido, ni reconoce casta alguna elegida. Vea, en el fondo de esa ideología cultural defendida por Rougier, «al romano que siente cómo la muerte de Roma se aproxima, y que sólo piensa en evitarla. Pese a mi nombre, no soy romano. No tengo por qué identificar mi causa a la de una civilización latina» que, incluso en Francia, no corresponde más que a una de nuestras razas... Francia es, para él, una armonía de razas diferentes, y «el latino es sólo un acorde en la cadena de la polifonía». Y si ni Francia ni Europa entera desean realizar la armonía de todas las razas del universo, él, Rolland, se desinteresa de Europa. Que otros continentes, «más vastos y más vivos, prosigan su misión, en lugar suyo. Yo no creo de ninguna manera en la primacía de los valores grecolatinos»...

Pero precisamente porque Rolland, por su espíritu y por su obra, pertenece a la «élite», se niega a asignarle una supremacía exclusiva. «Nosotros no monopolizamos la humanidad... ¡Sepamos, pues, reconocer las razones de su existencia, aun al margen nuestro!». Y a la observación de Rougier, de que en la época romana, ante la amenaza de los bárbaros, Beocio y Simmaco defendieron el patrimonio de la civilización, Rolland—que conocía bien la historia—le recuerda que en aquella época Salvio preguntaba: «¿Por qué la condición de los bárbaros es mucho mejor que la nuestra?». Numerosos descendientes de ilustres familias romanas emigraron hacia el campo de los bárbaros, pese a que el código Teodosio condenaba a ser quemados vivos a todos aquellos que ayudaban a los bárbaros. «¡Que la «élite» del Occidente recuerde ese memorable ejemplo! Para salvar una civilización, una «élite» es necesario que las masas desdenadas estén interesadas en ello. El mejor medio de trabajar por la «élite» consiste en que la «élite» trabaje para las masas... Su sino depende del suyo... Rolland ve ahondarse el abismo entre la «élite» y las masas. En vano se esfuerza por hacer de intermedio. La «élite» le ha llegado a ser hostil, en Fran-

cia y fuera de Francia. Se ha encerrado en su casta. Pero la catástrofe se acercaba cada día más. Y tras haber, «durante mucho tiempo, evaluado las fuerzas y los valores vitales de los dos campos», tomó su decisión: «He pasado al campo de los «bárbaros», porque he visto que son los verdaderos portadores de porvenir y que toda esperanza de renovación, y la salvación de la humanidad, está en sus manos».

Durante esos años (1922-27), Rolland se hallaba (es él quien lo dice) en «el período de incertidumbre y de apasionado examen». No especifica quiénes son los «bárbaros» a cuyo campo ha pasado. Escribiéndolo entre comillas, ¿quería indicar el significado antiguo de la palabra: el «extranjero», o su significación peyorativa actual? Esos bárbaros, ¿son los eslavos, o los asiáticos? Por lo que se refiere a éstos, sabido es que no se sentía atraído por las multitudes inmensas de los amarillos, pese al prestigio moral de un Confucio o de un Lao-Tsé, sino por el espíritu exaltado de los profetas hindúes: Ramakrishna, Vivekananda, Gandhi. De cualquier modo, no podía abandonar su propia realidad intelectual y ética, cuyas raíces se hallaban en la vieja Europa, y aspiraba hacia una síntesis de todos los valores humanos, hacia una armonía de todas las razas y de las civilizaciones de todos los continentes. Este es, además, el sentido de su panhumanismo.

Por eso pensamos que su arrogante declaración: «He pasado al campo de los bárbaros» debe ser comprendida en el sentido universal de su panhumanismo. No puede atribuirsele un sentido limitado a la actualidad política. Es evidente que, en determinados momentos de la historia, pueden depositarse esperanzas de renovación en otros grandes pueblos; que pueden también verse portadores de porvenir en otras razas, pero sin proclamar, por ello, que la «salvación de la humanidad está en sus manos». Esta salvación reside en «todos» los hombres; en cada individuo y en cada pueblo de la tierra. Y Europa, pese a su decadencia, o a su agonía (que ciertos sociólogos han anunciado ya), no puede ser abandonada sin peligro para el futuro de los otros continentes, incluso del «sexto continente social», que no es estrictamente ni eslavo ni mongol, que se halla repartido entre Asia y nuestro «Viejo Mundo».

Hoy, veinticinco años después, puede decirse que la declaración de Rolland era prematura o, simplemente, extremista. Porque, del mismo modo que ha combatido la «barbarie nacionalista», se ha encarnizado contra las dictaduras y las tiranías que ha instaurado, en casi todos los países de Europa y en el resto del mundo, la barbarie fascista, también imperialista, maniobrada por las fuerzas «ocultas» de los Estados, por las castas privilegiadas de la finanza, de la propiedad, del militarismo y de la burocracia. Esta barbarie, que tan monstruosas formas ha tomado con Hitler y Mussolini, con Horty y Pilsudsky, con Tzankov y Antonescu, con Franco y Salazar, y con otros aún, se ha convertido en totalitaria antes de la guerra de 1939-1945. Se agravó durante la guerra, y no ha cedido en su virulencia hasta nuestros días. El huracán de la barbarie totalitaria sopla en todos los continentes: en Extremo Oriente (¿quién puede ignorar la astuta barbarie neofeudal japonesa, las oleadas enormes provocadas por los pseudokhans chinos?), en Africa,

que ya no es «misteriosa y salvaje», en las dos Américas, desde la tenaz plutocracia del Norte hasta los innumerables provocadores de pronunciamientos del Sur.

Esa barbarie totalitaria reina también en la inmensa U.R.S.S., que, pese a sus «telones de hierro», no tiene fronteras fijas, geográficas, políticas o económicas, étnicas o éticas. Cien pueblos «federados» o «satélites» se hallan sometidos al mismo régimen—al que pueden darse todos los falsos nombres que se considere convenientes, según las circunstancias: comunista, socialista, soviético, democrático o popular—mantenido por medio de esas plagas planetarias que son el fanatismo dogmático, la intolerancia política, la violencia policia- ca y militarista. Esta barbarie del siglo veinte es la barbarie de los Estados, totalitarios todos por su estructura y sus tendencias imperialistas, por dentro y por fuera, dueños absolutos del individuo y de la masa. Hoy en día, toda política es integral, y quiere acaparar, poseer y dirigirlo todo. Todo partido quiere ser el único poseedor del Poder: todo gobernante aspira a encumbrarse hasta la más alta cima, para ser el único jefe, el ídolo hacia quien deben alzarse los ruegos y adoraciones de las multitudes timoratas y deshumanizadas. Es el triunfo del Político armado, contra el Hombre que no debe pensar ni sentir por sí mismo, sino escuchar, obedecer ciegamente, y trabajar sin descanso para lo que los aprovechadores del régimen

llaman la colectividad, la patria o de otro modo.

Los «bárbaros» de nuestros días son indistintamente nacionalistas e internacionalistas, religiosos y científicos, burgueses y proletarios, capitalistas privados o de Estado. Nuestro siglo «revolucionario» es su siglo, motorizado desde la ametradora hasta la bomba atómica; antisocial, anticultural, antihumano. Mas «los verdaderos portadores de porvenir» no son los bárbaros totalitarios surgidos, como los gigantescos monstruos prehistóricos, para aterrorizarlo todo, devorarlo todo y devorarse finalmente entre ellos... ¡Qué siniestra irrisión, si se quisiera proyectar sobre ellos el vaticinio, pese a todo, idealista, de Romain Rolland: «La salvación de la humanidad está en sus manos»! Si hay «esperanza de renovación», es contra esos bárbaros totalitarios, por encima de sus fábricas de trabajo forzado, de sus fortalezas y de sus cárceles asesinas. La esperanza está en el hombre definitivamente humanizado, en el individuo que sabe resistir al fetichismo de la fuerza bestial o del maquinismo; que rechaza la idolatría del Estado; que opone—como sus verdaderos precursores—la razón lúcida a la ciega materia. Tales son las condiciones del rescate. Y siempre, como en el pasado, habrá Davides del espíritu que sabrán tocar el punto vulnerable de los Goliats, orgullosos y estúpidos, que se creen invencibles bajo su coraza de hierro...

Eugen RELGIS



EL MOVIMIENTO MAKHNOVISTA EN LA REVOLUCION DE UKRANIA⁽¹⁾

LOS ANARQUISTAS Y LA REVOLUCION RUSA



HASTA qué grado llegó la influencia y la importancia del movimiento insurreccional makhnovista en el desarrollo de la revolución en Ucrania y cuáles fueron sus repercusiones sobre la Revolución Rusa?

A pesar de los años transcurridos y de los acontecimientos de toda índole e importancia que se han ido acumulando, es difícilísimo ofrecer un juicio imparcial y desapasionado sobre las cosas de Rusia, pese a que los hechos, con su rudo y franco lenguaje, hayan dejado vislumbrar ciertas conclusiones. La finalidad del trabajo que hoy brindamos mediante la presentación de hechos y de documentos, es la

de descubrir y afirmar ciertos detalles que aportarán un poco más de luz a uno de los aspectos que (por su misma importancia) los bolcheviques han pretendido desfigurar.

No será ésta tarea fácil. Demasiadas pasiones partidistas guían los gestos y animan incluso el fondo de la documentación más simple. Todo esto dificulta, a seis lustros de distancia, el poder enjuiciar a hombres, hechos y cosas que tuvieron influencia directa en la Revolución Rusa y que incluso dieron a ésta cuerpo y prestancia. La muerte de León Trozky nos da serio ejemplo (2).

Bien probado está que la supuesta «imparcialidad» de la historia no es más que un tópico fácilmente desestimable. Bastaría echar una ojeada sobre los diversos trabajos «históricos» escritos

(1) Hugo Treni, aquel joven rebelde y estudioso que hubo de recorrer Europa—de grado o por fuerza—antes y después de los acontecimientos que entenebrecieron durante casi cinco lustros la vida de Italia, era bien conocido de los militantes del viejo continente, agitado entonces por convulsiones internas que hacían suponer una salida más feliz que la presente. Sus peregrinaciones forzadas o voluntarias le llevaron a conocer lenguas y países, de lo que aprovechó mucho su espíritu crítico y estudioso y su inclinación por la investigación de la historia social. Vivió, así, de muy cerca, los acontecimientos más sobresalientes de la Revolución Rusa, y se encontró allí—formando parte de la delegación libertaria del 1921—, en el propio terreno de los hechos, ávido de saber y con un afán lógico de participar en aquella gran gesta que se inició en los derroteros de la libertad. Hubo de huir, como tantos otros, después de intervenir vigorosamente por la libertad de los anarquistas, ya entonces perseguidos, asesinados o presos en la isla Solowiesky. Pero con anticipación logró recoger y poner a buen recaudo una serie de documentos que veinticinco años más tarde ha logrado recuperar y reunir y que sirven hoy de base a una serie de trabajos que ha ido dando a conocer—hasta ahora en lengua italiana—como elementos para una interpretación veraz y justa de la Revolución Rusa.

El gobierno del Doctor Terra, rompiendo con las tradiciones de la República Oriental del Uruguay—hasta entonces cuna y ejemplo de libertad—, lo entregó a los esbirros de Mussolini, en diciembre de 1933. Unos cuantos años de internamiento en las Islas de Lipari, después de varios años de cárcel, no hicieron más que acrecentar su fe y su entusiasmo en la lucha. Se perfíló éste magníficamente en su actividad guerrillera—por una liberación más amplia de la que han obtenido Italia y Europa—y se desarrolla actualmente con un vigor renovado al servicio de las ideas que otrora nos dieran al Hugo Treni autor de diferentes trabajos, de carácter sexual incluso, colaborador de la Enciclopedia Anarquista orientada y recopilada por Sebastián Faure, del Suplemento de «La Protesta» de Buenos Aires y de otras revistas y publicaciones del periódico que se extiende entre las dos guerras, y que hoy nos ofrecen un Ugo Fedeli maduro y enjundioso, prueba y ejemplo de una actividad ilimitada, y compañero incomparable de su inseparable Clelia, que vivió con él los treinta años de una existencia inquieta, andariega, de luchas, de

privaciones, de persecuciones y de destierro (hasta Lipari fué, para compartir los días más amargos y de más desesperanza) y que comparte hoy, las horas en que el fruto maduro de la experiencia se desgrana en páginas llenas de probidad concienzuda, serena, desapasionada, como la que refleja lo que presentamos aquí en su primera traducción a la lengua castellana. Y hoy, como ayer, periódicos y revistas recogen y transmiten los múltiples trabajos de este infatigable expositor de nuestras ideas.

Constituye este trabajo, en lengua italiana, un librito de 56 páginas en menuda y apretada letra, dividido en dos partes, y éstas en varios capítulos, a fin de presentar los hechos en sentido cronológico. Dedicó la primera parte a la reivindicación de la intervención anarquista en la revolución rusa—en su gestación y en su desarrollo—, y sobre todo de la actuación que en Ucrania desarrollaron los grupos organizados en torno a Nestor Makhno. La segunda presenta los hechos de Cronstadt mediante el testimonio de una serie de documentos en su mayor parte inéditos, recogidos personalmente, ordenados, comentados, antecedentes y seguidos por una relación que nos coloca en la época, nos sitúa en el terreno de los hechos y facilita la comprensión del lector, que adquiere un conocimiento preciso de la situación y de los acontecimientos que se desarrollan durante la Revolución Rusa.

El lector juzgará por nosotros. Por nuestra parte, traducimos este trabajo al castellano porque lo consideramos oportuno y necesario.

(2) Es conocida la persecución que sufrió Trozky a través del mundo, el atentado de París y los de México que terminaron con la vida de un hombre que nadie mejor que Stalin conocía por su energía, su perseverancia y su actividad desbordante. (Ver «Ma Vie», autobiografía de León Trozky, 260 pág. París, 1934.) No establece ante nosotros esta persecución encarnizada un principio de favor hacia Trozky—forjador indiscutible de la dictadura del proletariado—frente a Stalin. Uno y otro persiguieron con saña—como se persigue todavía— todo intento de expresión anarquista. El segundo no es más que el continuador de la obra del primero. Y no ha sido sino cuestión de oportunidad y de astucia el que Trozky no haya seguido asesinando a los libertarios como lo hizo en un principio.

sobre la primera y la segunda guerra mundial, o los trabajos presentados por los bolcheviques con referencia a la Revolución Rusa, para tener de ello una prueba irrefutable. Ya escribió alguien con acertado y agudo juicio que «lo stórico é sempre del «suo tempo», della sua classe sociale, del suo ambiente politico, del suo paese» (3). La historia de la última guerra mundial (para referirnos a algo reciente) sólo puede comprenderse si se conocen los hombres, sus pasiones, sus intereses y, en último caso, su nacionalidad. No ocurre otra cosa con las publicaciones «oficiales» del bolchevismo.

¿Qué diferente es hoy, la Historia de la Revolución Rusa de aquella que se vivió—que conocimos—y que se escribió hace treinta años! Y no nos referimos estrictamente a los textos oficiales. Nos referimos incluso a los perguenados por los enemigos de la revolución. Ya no es posible comprender nada. Todo ha sido deformado y adaptado a las nuevas exigencias y a los deseos «nuevos» de los sobrevivientes.

¿Cuál ha sido la actividad del Partido Bolchevique en la Revolución Rusa? ¿Y la de los anarquistas?

Recurramos a una obra juzgada como una verdadera obra clásica del bolchevismo y del nuevo modo de escribir la historia: «HISTORIA DEL PARTIDO COMUNISTA (bolchevique) RUSO», en la que se dice que Stalin ha colaborado ampliamente, y que por otra parte ha sido presentada como el actual e indiscutible libro de texto, y tendremos una medida de la referida deformación. Si por ejemplo buscamos en sus cuatrocientas y pico de páginas cuál ha sido la actividad de los anarquistas en general y particularmente la del movimiento insurreccional makhnovista, hallaremos en la página 271 estas pocas líneas: Los soldados rusos debían avanzar rodeados de extremas dificultades, marchando contra las tropas de Wrangel y batiendo al mismo tiempo a la banda de los anarquistas makhnovistas (partidarios de Makhno que apoyaban a Wrangel). Y algunas páginas más adelante: «Pero el enemigo de clase, que no dormía, trató de aprovecharse de la penosa situación económica reinante intentando utilizar el descontento de los campesinos. Apoyados por los guardias blancos y por los socialistas revolucionarios, provocaron revueltas de kulaks en Siberia, en Ucrania y en la provincia de Tambov (revuelta de Antonov). Todos los elementos contra-revolucionarios: mencheviques, socialistas-revolucionarios, anarquistas, guardias blancos, nacionalistas burgueses, intensificaban sus actividades. El enemigo, recurriendo a una nueva táctica en la lucha contra el poder soviético, comenzó a disfrazarse con los propios colores soviéticos, y en lugar de la vieja y fracasada consigna: «Abajo el soviét», lanzó esta otra: «Por el soviét, pero sin los comunistas». Y ésto es todo.

Con esas breves palabras, lanzadas como a la ligera y sin atención alguna, se pretende significar que tanto el movimiento anarquista como el insurreccional makhnovista (en el que tomaron parte activa muchos anarquistas) fueron episodios insigni-

ficantes que casi pueden pasar en silencio, además de hablar de sus animadores como de elementos de la reacción rápidamente vencidos. Y nadie podrá tener así ni siquiera una pálida y ligera idea del significado que alcanzó la labor verdaderamente revolucionaria de aquel movimiento que se inició en Rusia en el mes de febrero de 1917.

En apoyo de la reconstitución de la verdad en proporciones más aproximadas, no estará de más recordar lo que en 1918 escribió un hombre a quien no puede ser atribuida ninguna debilidad o tibieza para con los anarquistas. Se trata del Capitán Jacques Sadaul, miembro de la Misión Militar Francesa en Rusia. Bloqueado por la revolución, el capitán se pasó con «armas y bagajes» a las filas bolcheviques. En un informe dirigido a Albert Thomas (6 de abril 1918), entonces ministro, decía lo siguiente: «El partido anarquista es el más activo y combativo de los grupos de oposición, y probablemente el más popular, a causa de su demagogia, en ciertos ambientes obreros. Es, incluso, el único que se apoya en grupos lo suficientemente numerosos como para enfrentarse con las bayonetas bolcheviques. Al parecer gana terreno en las ciudades. Los bolcheviques se muestran inquietos. Pero si llegan a demostrar cierta energía y si las circunstancias (desocupación miseria, etc.), no llegan a serles demasiado desfavorables, los bolcheviques destrozarán este movimiento con el fin de acrecentar su propio prestigio y a su vez desconrazonar a los otros grupos de la oposición» (4).

Pero pueden encontrarse especificaciones y detalles más importantes en otro libro: «L'An 1 de la Révolution Russe» (Les débuts de la dictature du prolétariat 1917-1918), escrito por Victor Serge (V. Kibalchiche), ex-anarquista ligado por entonces a los comunistas (unos años más tarde pasó también a la oposición y logró retirarse al extranjero), y que defendía el punto de vista «oficial» (5): «Puede probarse la escasa influencia de los anarquistas sobre las masas obreras por los pocos puestos logrados en el Soviet y en el Congreso de los Soviets, donde regularmente no fueron nunca más de media docena entre varias centenas de diputados (6). Pero sus pequeños grupos se ha-

(4) «Notes sur la Révolution Bolchevique» (Octobre 1917-Janvier 1919) por el Capitán J. Sadaul. Primera edición, París, 1919. Ediciones de la Sirena. Con un prefacio de H. Barbusse, dos cartas a R. Rolland y una carta a A. Thomas (495 pág.).

(5) V. Serge falleció en Méjico a fines de 1947. Es autor de una virulenta biografía de Stalin: «Portait d'Staline» (190 pág. Grasset, París, 1940), y de diversos libros literarios y de combate. Se le atribuye una participación directa en el voluminoso libro «Rusia al desnudo» (Buenos Aires, 1929), de Panait Istrati, resultado del viaje de éste a Rusia. En esta época, V. Serge se abstenía de toda actividad, pues su familia respondía de sus actos—método chantajista que Mussolini copió de los policías soviéticos—y era estrechamente vigilado. Este libro le valió la excomunión a Panait Istrati, el cual desde entonces y aun después de su muerte ha sido injuriado por el Partido Comunista en todo el mundo.

(6) Juicio erróneo y capcioso, sin valor a pesar del ejemplo presentado ya que muchísimos anarquistas se manifestaban contra la participación en las elecciones de los soviets. Por ejemplo, en el diario anarquista de Moscú «Anarquía», con fecha 7 de abril de 1917, los hermanos Gordine, sus redactores, escribían: «Nosotros nos declaramos contra el soviét, puesto que estamos contra toda forma de Estado».

(3) «Lo histórico es siempre de su tiempo, de su clase social, de su ambiente político, de su país».

bían señalado por su energía, desde mayo a junio del 1917, en los hechos sangrientos de Villa Durnovo (Petrogrado), y por su participación en los motines de julio, preliminares de la insurrección de Octubre, que han sido en parte producto de su propia actividad. En Kronstadt y otros lugares habían combatido valientemente a las fuerzas de Kerensky, colaborando en estos hechos con los bolcheviques. A pesar de su confusión ideológica, la mayor parte de los anarquistas se batieron magnánimamente en octubre. A continuación de la victoria proletaria, el movimiento anarquista había experimentado un desarrollo desbordante y excepcional. Ningún poder era capaz de oponérsele y los anarquistas procedían por su cuenta a la requisita de locales y de alojamientos (el partido bolchevique establecía, con su organización, tratos de igual a igual); poseían en Moscú un gran diario, «La Anarquía», y en Petrogrado el órgano sindicalista libertario «Golos Truda» (La voz del Trabajo), que más de una vez había competido con «La Pravda» de Lenin en el orden de influencia.

El movimiento anarquista ruso, con todos sus numerosos defectos imputados o imputables, con todas sus debilidades reales o figuradas, constituía una fuerza con la que se debía contar y que había contribuido «de hecho» al desarrollo de los acontecimientos. Y a pesar de que «oficialmente» el Partido Comunista se presente como el único factor que ha logrado impulsar la Revolución, nos hallamos hoy en la posibilidad de examinar el reverso de la medalla y de comprobar la verdad, que, como todas las cosas, se presenta con dos caras.

Contamos ahora con una abundante literatura sobre la Revolución Rusa, y no poca desde el punto de vista anarquista, la cual aun cuando trata sobre cuestiones particulares como el libro de Archinoff (1) sobre el Movimiento makhnovista, nos aporta nuevas y diversas luces que contrastan con las proyectadas por los «textos oficiales», no tan sólo en cuanto a la finalidad y a la actividad de los anarquistas en dicho movimiento, sino también sobre muchos de los acontecimientos que impulsaron a la Revolución Rusa a su desarrollo (hoy trancado) en sentido socialista. En verdad los anarquistas—además de su aporte decidido al estallido y proceso violento de la revolución—trataron de impedir, con su influencia y con su actividad, que la heroica gesta del pueblo ruso se deslizara hacia la vía muerta del bolchevismo staliniano.

Entre lo que se ha escrito por los defensores de una interpretación anarquista de la Revolución Rusa, consideramos «La Révolution Inconnue»

(8) de Voline (Vsévolod Mikhaïlovitch Eichenbaum), como una de las obras más valiosas e importantes, puesto que se trata en ella de abarcar todo el conjunto del vasto complejo revolucionario. Es éste un libro que nos permite lanzar una luz nueva sobre el debatido problema de la revolución y de los anarquistas en general, y sobre cuanto interesa particularmente al makhnovismo, sus causas, su desarrollo y su actividad, aspecto al que dedica cerca de 200 páginas. Puede así seguirse paso a paso la formación lenta, la gestación propia de la revolución y su decidido desarrollo, con hechos y documentos que nos permiten verla sobre un terreno completamente nuevo. Y no se circumscribe Voline al examen e historia de la revolución política, sino que abarca el conjunto de la gran revolución social.

No faltaba quien creía, erróneamente por cierto, que el bolchevismo era el único sector que verdaderamente deseada la revolución social. Ya no ocurre así, pues al irse perfilando las situaciones la posición del bolchevismo ha quedado aclarada definitivamente. Es en cambio a los anarquistas—adversarios de la social-democracia y de los bolcheviques—a quienes pertenece la anticipada presentación, clara y precisa, de la idea de la revolución social integral, completa, ya que han demostrado—teóricamente antes de la revolución, prácticamente a través de ésta—que toda revolución que no logre la total y efectiva emancipación del trabajo no puede menos que ser condenada al fracaso.

En los albores de la revolución de Octubre del 1917, cuando las multitudes laboriosas comenzaban a desembarazarse del régimen de propiedad privada y de la organización estatal, los anarquistas se hallaban en primera fila. A pesar de lo que muchos partidarios del marxismo afirman todavía, la revolución de Octubre, es decir, el acontecimiento que encaminó a Rusia hacia la revolución social, se produjo de manera muy diferente a la preconizada por Marx y en condiciones que no coinciden, que más bien se oponen y contrastan, con las que éste pretendía como «indispensables» para la realización de una revolución socialista.

Alejandro Berkman, que había seguido de cerca y apasionadamente todo el proceso revolucionario, decía en un interesante folleto: «The Russian Revolution and the Communist Party», escrito en 1921: «El camino trazado por las grandes insurrecciones populares reflejaba con nitidez la tendencia anarquista. Esta revolución derribó el viejo engranaje del Estado y proclamó, en el terreno político, el principio de la Federación de los Soviets (9), y en el aspecto económico puso en práctica el método de la acción directa para llegar a la abolición de la propiedad privada. Obreros y campesinos expropiaron a los propietarios sus

(7) «L'Histoire du Mouvement Makhnoviste» (1918-1921), P. A. Archinoff. 420 pág. Librairie Internationale. «Makhno y el Movimiento Makhnovista». P. Archinoff. 350 pág. Editorial La Protesta. Buenos Aires, 1927. Las convicciones de Archinoff vacilan al producirse la Revolución Rusa. Intenta un proceso de discusión en pro de la revisión de nuestras ideas y presenta su «Plataforma», especie de planificación programática que provoca una serie de agudas polémicas y de críticas acerbas. Logra muy pocos partidarios, lo que le decepciona grandemente. Vuelve a Rusia y colabora con los bolcheviques hasta que éstos le detienen por oposición al régimen.

(8) «La Révolution Inconnue». Voline. 704 pág. Edición de Los Amigos de Voline. París 1947. «La Rivoluzioni Sconosciute», 575 pág. Milano, Italia.

(9) «The Russian Revolution and the Communist Party», «Die Russische Revolution und die Communistische Partei», publicado en septiembre de 1921 en Berlín, sin firma de autor, ya que Berkman se hallaba aún en Rusia. Las dos ediciones, en 20 páginas fueron editadas por «Der Syndikalist», con un preface de R. Rocker.

bienes mobiliarios, expulsaron de la Banca a los financieros y se apoderaron de las fábricas, talleres y minas. En el terreno de la reconstrucción económica, la revolución consagró el principio de la regularización de la producción a cargo de la Federación de los Comités de Fábricas y Talleres. Incluso se constituyeron Comités especiales que se dedicaron a una distribución más justa de la vivienda. En suma, la revolución de Octubre no era el resultado de los principios tradicionales afirmados por Carlos Marx, según el cual la concentración de los medios de producción y la socialización de los instrumentos de trabajo deben alcanzar un grado tal de desarrollo que, al no poder ser contenido en los límites de los cuadros capitalistas, han de romper sus moldes y provocar así la revolución. Aquí se han forjado los cuadros a la improvisa y además se ha producido este hecho en un país de un desarrollo técnico y económico muy reducido, con una escasisima concentración de los medios de producción, con los transportes apenas organizados, con una burguesía y un proletariado débiles y ante una clase campesina numerosa y preponderante por su influencia económica; en un país en el que no parecía que pudiera ponerse en causa la cuestión de un serio antagonismo entre las fuerzas productivas y el sistema capitalista llegado a su punto culminante».

Y es lógico que después de estas comprobaciones, que desmentían de medio a medio todas las afirmaciones de los oráculos marxistas, el anarquista Berkman llevase a fondo su estudio crítico-analítico sobre la Revolución Rusa y el Partido Comunista.

Puede observarse a «través de hechos comprobados» que el contraste entre comunismo autoritario y comunismo libertario se descubre en los orígenes mismos de la revolución, por lo que tarde o temprano, no podía dejar de estallar de una manera terrible en lucha sin merced. Un «Estado»—sea cual fuere su color—no puede admitir otra cosa que súbditos obedientes en lugar de hombres pensantes. Y si bien la Revolución de Octubre se inició bajo premisas antiestatales—a pesar de que el partido que pretendía encerrarla en su puño se inclinara por el Estado—, precisamente por esta misma razón no podía menos que producirse la lucha inevitable, impulsando a los vencedores, los estatistas, a la consiguiente represión en el propio instante de la instauración del Estado Comunista, ya que las masas obreras y su vanguardia—los anarquistas—no podían dejar de hallarse frente a los nuevos patronos y explotadores.

El Estado, aun llamándose socialista, había de motejar de «bandidismo» la labor que desarrollaban estas masas para obtener su liberación completa. Y como a bandidos había de perseguirlas y exterminarlas implacablemente. Es el resultado ineluctable de la contradicción «inconciliable» en-

tre la esencia del poder estatal que se reafirma y el verdadero proceso socialista-revolucionario en sus tendencias inevitablemente anarquistas. Todo principio de poder político, por el solo hecho de constituir en sí y de por sí un innegable factor del privilegio, viola el principio de igualdad, hiere en el corazón a la revolución social y la hace fenecer.

Revolución socialista autoritaria y revolución social implican dos procesos diametralmente opuestos. En el fondo de una y otra se encuentran principios fundamentales que se excluyen recíprocamente.

El poder socialista y la revolución social constituyen elementos contradictorios. Imposible es unirlos o reconciliarlos. El triunfo de uno de esos dos principios, procesos o nociones, significa peligro para el otro con todas sus consecuencias lógicas (10).

El choque infalible, mortal y decisivo, entre el poder socialista en su función lógica de «domador» de la revolución y aun las inspiraciones de la revolución social, conduce mecánicamente a este poder a un combate irrevocable contra los anarquistas, los más firmes defensores de las inspiraciones hacia la libertad. El triunfo del poder significa inevitablemente la reversión completa de la revolución social y este hecho retroactivo conduce a la inevitable persecución de los anarquistas. En Rusia se produjo este hecho. Y toda excusa fué válida para iniciar y justificar la represión antianarquista, que comenzó en los grandes centros como Petrogrado y Moscú, y se extendió luego a las demás provincias.

Ukrania fué el último baluarte de la resistencia. Las fuerzas de los bolcheviques eran allí relativamente limitadas a causa de la extensión del movimiento insurreccional de los campesinos, que fué conocido en todo el mundo con el apelativo de «Movimiento makhnovista», denominativo derivado del nombre de su gestor directo, el anarquista Nestor Makhno (11).

Ugo FEDELI

(10) La experiencia nos enseña cuán inútil es todo esfuerzo conducente a la unificación de las corrientes que, surgidas del socialismo bifurcaron hacia direcciones tan opuestas que hoy se encuentran frente a frente. Nada más vacuo que el intento de conciliación. Desde luego, sólo los deshauciados por algún partido, los desechados o los tráfugas, se ocupan generalmente de esta labor, lo que no deja de ser sospechoso y además edificante.

(11) «La Révolution Russe en Ukraine» (mars 1917-avril 1918). Nestor Makhno. Editions de la Brochure Mensuelle. Paris 1927. 360 pág. «La Revolución Rusa en Ucrania» por Nestor Makhno. Editorial Vértice. Barcelona.

Nestor Makhno logró refugiarse en Francia, luego de pasar por las peripecias de rigor. Achacoso y enfermo, murió en París. En el cementerio del Père Lachaise se encuentra su urna cineraria.

TEMAS DE ACTUALIDAD

LA LOCURA DE LOS DESCUBRIMIENTOS



A continuidad de un ambiente morbo-
so nos habitúa a él y acabamos por
admitirlo como normal e insustitui-
ble.

Esto ocurre en muchas cosas, y tal
es la fuerza de la costumbre, que no
nos damos cuenta de que en infini-
dad de casos estamos fuera de la
normalidad.

Al entrar en una casa sucia, cerrada y falta de
ventilación, notamos angustia, como si nos fué-
mos a asfixiar, pero al poco rato se nos va ami-
norando el mal efecto. Lo mismo nos ocurre con
las personas feas o maleducadas, las que, con el
trato, se nos van transformando en sentido de
perfeccionamiento y mejora. Un sujeto copiosa-
mente perfumado, o mal hablado, nos repugna, y
un fumador de tabaco malo con la pipa, o un hom-
bre a quien le huela el aliento, nos molesta, pero
al poco de departir con ellos no nos explicamos ya
el motivo de la anterior aversión.

Relátase el caso de un médico joven que fué
destinado a un pueblo lejano, de donde, en los pri-
meros días de su estancia, escribía a sus padres el
mal efecto que le hacía el trato con aquellas gen-
tes bruscas y desagradables, y que pensaba pre-
sentar su dimisión. La familia se lamentaba de
tan mala suerte y suponía que el hijo no podría
resistir y que regresaría pronto. Y ¡cuál no sería
su sorpresa al ver que en cada carta alojaba en
su crítica, y que poco a poco decía francamente
que el pueblo le parecía atractivo y las gentes in-
teresantes! El comentario de los padres fué, sen-
cillamente, decir: aquella gente siempre es igual; es
nuestro pobre hijo el que se va embruteciendo.

Se ha dicho que esta especie de degeneración
nos ayuda a vivir porque viene en auxilio de lo que
llamamos tolerancia, y nos convierte en discretos
y comedidos, cuando en realidad lo que nos ocu-
rre es que nos contaminamos y se nos hace cada
vez más espeso y resistente el hábito que se lla-
ma respeto a nuestros semejantes, o respeto a los
derechos de los demás, aunque sea en detrimento
propio.

Estos son ejemplos particulares y simples, pero
existen otros motivos de extrañeza y contrariedad
que también se infiltran en las costumbres, em-
botan nuestras facultades de discernimiento y nos
hacen perder el control de nuestra ecuanimidad,
sentido común y medida exacta de las cosas. Es-
tos motivos son de gran amplitud y continuidad,
flotan en el ambiente social y humano, y toman
el aspecto de la normalidad con el tiempo, no
siendo más que una falsedad, un espejismo,
que producen, polarizados, los rayos de la codicia,
el orgullo, la ambición, que, como culebras vene-

nosas, todo lo circundan, todo lo transforman y
confunden sobre los puntos neurálgicos del poder.

He aquí cómo, actualmente, ocurren infinidad
de cosas en el mundo que nos parecen normales,
no siendo más que efectos de elementos extraños
interesados en la realización de determinados in-
tereses. El más importante de estos hechos es el
que denominamos «La locura de los descubrimien-
tos». Ha bastado que un genio de la mitología
llevase su mano a la empuñadura de su hacha de
pedernal para que todos los desiertos de la Tierra
se llenen de exploradores y todos los laboratorios
de investigación multipliquen su personal y traba-
jen sin descanso noche y día.

El planeta, además, se ha visto perforado, aus-
cultado, investigado hasta grandes profundidades
y alturas, y en todas sus extensiones, aun en las
más inhospitalarias, con un ardor y un entusias-
mo como el que debería sentirse para el descubri-
miento de los antidotos de las más graves enfer-
medades, y aun de la muerte, y el de la ambición
y el odio, que no son las más raras de las epide-
mias. O también para descubrir el alimento ideal
para matar en bloque toda el hambre que aco-
rrala y aprisiona a la Humanidad, como si fuera
un ejército invasor invisible. Pero nos hemos ha-
bituado a estas extraordinarias actividades sin pa-
rarnos a meditar lo que significan, y, ¡caso curio-
sísimo!, todavía las aplaudimos y prodigamos nues-
tra admiración, y hasta nuestra gratitud, a sus
promotores y realizadores, los que, en numerosas
ocasiones, son nuestros peores enemigos, que van,
en el carnaval de la vida, disfrazados de bienhecho-
res.

Para situaros prácticamente como jueces impar-
ciales del proceso de la actualidad, que es de in-
toxicación espiritual, no tenéis más que llevar una
tijera en el bolsillo y cuando leáis la Prensa dia-
ria y las revistas, recortar cuanto se refiera a
la investigación y a los consiguientes descubri-
mientos e ir pegando los recortes en un álbum.

Mediante este procedimiento fijaréis con exacti-
tud la dirección de las grandes corrientes de acti-
vidades en general, y al mismo tiempo, y parale-
lamente, observaréis un filón inmenso de datos
sensacionales sobre la frecuencia y ritmo crecien-
te de los llamados accidentes del trabajo, rodeados
éstos de un menosprecio e indiferencia crueles e
inhumanos.

o o o

No hay orden ni método en la baraúnda univer-
sal, en el insólito torbellino del desmedido afán de
la locura de los descubrimientos y conquistas. Obra
el azar e influye el momento, y tan pronto veis

emprender una ruta como dejarla; tan pronto subir como bajar, aplaudir como censurar. Es una grillera, una riña de gatos, una ruleta borracha a impulsos de Satanases en delirio. Así, nuestro álbum es un «totum revolutum» como la caja de Pandora, que según la Mitología encerraba todos los males. Es un centenar de caminos que la ambición quiere tomar simultáneamente y toma y deja cada día unos por otros en la exaltación de su sistema nervioso descompuesto.

Y vemos cómo los equipos de alpinistas coronan los más altos picos de las cadenas montañosas nevadas, y muchas veces van a estrellarse en profundos abismos, o a helarse, rendidos, en los pliegues blancos de los sudarios que la Naturaleza tiene preparados para los atrevidos exploradores de las frías interrogantes.

En otros papeles, y acompañados de grabados impresionantes, aparecen el profesor Piccard y otros preparando su Batiscoopio u otro dispositivo para hundirse en el mar y explorar sus profundidades, como si allí estuviera la salvación humana y ellos fueran a sacarla a la luz del sol asida de los cabellos. Nobles empresas y admirables sacrificios en los que se ha de luchar cuerpo a cuerpo con la muerte para conseguir dudosas consecuencias prácticas.

Los hombres saltan del mar a los aires como su remoto antepasado el Pterodactilo, y con medios más poderosos que éste construyen aparatos voladores que asombran por su perfección para conducir el bien y el mal. Pero, no contentos con su rápido y rotundo triunfo, crean una variedad de tipos de aves mecánicas más extensa todavía que la de las aves de pluma, y ya las hay adecuadas para toda clase de tareas. Y así, donde no se llega en tren, o en buque se llega en avión; y en esa conquista de audacia inaudible, se han sacrificado legiones enteras de hombres abnegados que consiguieron la admiración del mundo por la parte de humanismo que contiene tan maravillosa conquista: volar.

Es fácil comprender las presiones que obligan a los hombres a avanzar cada día un poco más en este sentido, y ya no son aviones, son proyectiles lo que se ha conseguido. Aparatos que surcan el espacio con mayor rapidez que el sonido, y suben tan altos como el pensamiento, pues las aves quedan asfixiadas a mitad de camino.

Este capítulo de las velocidades lo extienden los hombres a los trenes, a los buques, a los automóviles, a todo. Seguramente creen que yendo más de prisa llegarán antes a la confraternidad, a la paz y al sosiego, pero, por ahora, resulta todo lo contrario. El ir de prisa quiere significar un signo menos para el que va más despacio. Ni más ni menos.

Informaciones sobre jugadas de billar gigantes nos llegan hablando de la artillería moderna. Proyectiles que, como si fueran inteligentes, son empujados verticalmente, y trazando en el vacío un arco de dos mil kilómetros de diámetro, van a situarse donde la mano sabia del hombre ha fijado previamente en los resortes de sus entrañas sensibles. Y otras consecuencias se derivan de esta extraña maravilla: las maravillas de la Astronau-

tica. Ya no basta revolotear alrededor de la tierra como insectos: es preciso vencer la ley de la gravedad, y, liberados de ella, viajar por el espacio como un bólido más, llegar a la Luna, por el momento, realizar después la colonización aérea, y construir más tarde satélites artificiales, con sus correspondientes taquillas, para cobrar la entrada a los turistas, y las guarniciones necesarias para evitar sorpresas.

Como la utilización de la energía solar será un hecho, e igualmente la de la fuerza rotativa de los astros, fácil será en los nuevos mundos crear una industria burguesa con escasos inconvenientes.

Realmente, nuestra pluma ha resbalado en el plano inclinado de lo grotesco que le ofrecen infinidad de documentos, pegados en nuestro álbum más por ironía que por interés, pero no desesperemos de encontrar otros tan emocionantes como los que acabamos de comentar. ¿Qué serán esos submarinos gigantescos que se ven diseñados en este papel? Eso son los llamados «submarinos del mañana», transportes enormes que podrán llevar multitudes de personas y copiosas cargas a través de los mares sin ser vistos, porque los elementos de propulsión serán químicos o atómicos y ocuparán muy poco espacio. Si Monturiol y Peral vieran quedarían absortos. Ellos que lucharon con el problema de la expulsión de los gases producto de la combustión, verían, asombrados, cómo un átomo de aquellos mismos gases empuja una ciudad submarina en la que su «Ictíneo» podría viajar en calidad de simple maleta en el departamento de equipajes.

Una réplica tiene, en tierra, el gran submarino de mañana, y es la tendencia a establecer en el subsuelo el almacenaje, la industria y en general la vida humana. Son numerosas las ciudades subterráneas y cada día se amplían y se multiplican a tenor de las posibilidades. Las minas han evidenciado que la vida subterránea es posible. Después de todo nuestros primeros padres vivieron en esos palacios silenciosos del subsuelo llamados cavernas, y seguramente gozaron de mejor salud que la que hoy es corriente, a deducir por el creciente número de médicos y farmacias en medio de tanto progreso.

Otro aspecto interesante caracteriza el momento actual, y es la tendencia a las grandes construcciones metálicas; he aquí un contraste: el hombre trata de esconderse lo más posible por un lado, y por otro construye en la superficie puentes para atravesar ríos y canales marítimos; buques inmensos; edificios como torres de Babel que dejan achatados como tortugas fósiles a las pirámides de Egipto.

Se destaca también otro aspecto de la psicología actual cuyo motor sospechamos: Los vehículos para atravesar los desiertos y colonizarlos, incluso los desiertos de hielo de los casquetes polares, se multiplican. Hoy el paso del Asia al Canadá es una cosa corriente y no dando vueltas y revueltas para huir del frío, sino familiarmente, como si se tratase de un paseo por un parque. Es más, ese lugar ingrato de los seis meses de noche, se va llenando aceleradamente de colonias de trabajadores que arrancan hierro y carbón de debajo mismo de los témpanos, y de otros equi-

pos que sondean el mármol blanco de los hielos en busca de otra clase de minerales que enseguida vamos a nombrar.

Nos referimos a la busca y rebusca de petróleo, uranio, oxígeno, boro, glucinio, etc., padres de la bencina, del acero y de las especialidades radioactivas que son los elementos que caracterizan la época.

No hemos tratado sobre todos los puntos que nos traen las publicaciones diariamente, formando ese telón de boca de teatro de la actualidad y habituándonos a la inquietud y a la zozobra como cosa normal, siendo así que los antiguos vivían mejor sin tantas complicaciones. Bien está que las ciencias progresen, que todo evolucione suave y finamente, pero es desastrosa esa locura de los descubrimientos, ese prurito de invención y de transformación rápida. Transformación que no es ritmo normal, sino cataclismo precipitado, mil veces más agitado y tumultuoso de lo que permite el sistema orgánico y nervioso de la humanidad. Todo parece encaminado a concluir con los « otros » a fuerza de superación, pero lo que resultará es que « unos » y « otros » acabarán igualmente, no en batalla, sino por suicidio, dando fin de una manera descomunal a esta vieja y desastrosa máquina llamada Humanidad, que no se da cuenta ella misma de su estado interno de barbarie, por los espejismos de que la han rodeado haciéndole perder el sentido de la realidad.

— o —

El número y la gravedad de las consecuencias que este estado de cosas origina son incalculables, porque quedan restringidas, y muchas anuladas,

todas las guerras espirituales y morales del mundo, mostrándose éste vulgarizado y burdamente materializado, sin ansias de perfección y anhelos de progreso.

Las Bellas Artes están en pleno colapso. Los Museos y Exposiciones; las Letras; los gloriosos debates sobre la filosofía; los progresos de la fraternidad humana, todo queda detenido ante el círculo inflexible del materialismo.

Aunque parezca mentira, todavía quedan grandes masas humanas analfabetas, no solamente en las tierras lejanas y aisladas, sino en el seno de las naciones europeas y americanas que se tienen por las más cultas. El analfabetismo es un morbo que debiera desaparecer del mundo, para que, a su vez, y solamente en virtud de este hecho, desaparecieran infinidad de otros morbos tan graves como el de la explotación del hombre por el hombre. La cultura ha de ser patrimonio de todas las criaturas, pero, por desgracia, no ocurre así, por lo cual muchos han de vivir de los mendrugos sobrantes en las mesas de los otros, habiendo nacido todos desnudos y con igual derecho a la felicidad y a la dicha. Por esto terminamos estas líneas diciendo que si la consecución del pan constituye una batalla, la consecución de la cultura ha de ser batalla más importante todavía, ya que no vale la pena vivir en un mundo de luz, de colores, de sonidos y de perspectivas bajo el martirio de llevar la venda de la ignorancia apretada sobre los oídos y los ojos; venda que nos aísla de lo que es indiscutiblemente pertenencia de todos.

Alberto CARSI



NOTAS

SECRETO Y VIOLENCIA⁽¹⁾

El libro que Alemania esperaba desde la caída de Hitler acaba de aparecer en Francia, en lengua francesa y escrito por un alemán naturalizado francés. ¿Cuál será la suerte de esta obra en Alemania, donde, por una extraña paradoja, el texto original—de una escritura poderosa y firme—no ha encontrado todavía editor? Entre nosotros, a pesar de que estamos en la estación literaria muerta, *Secret et Violence* ha hecho sensación en la crítica y en el público. Albert Béguin lo ha presentado como «uno de los libros importantes de nuestro tiempo». Max Pol Foucher ve en él «el libro de la Resistencia», y Maurice Nadeau lo ha escogido para la colección «Le Chemin de la Vie» que dirige en la casa Corrêa.

Este relato autobiográfico está cargado de una experiencia directa, alemana y francesa, de veinticinco años. Ilumina con una luz profunda el régimen de Weimar; nos muestra de qué bajos fondos ha salido el nazi, ese intruso sorprendente, ese desconocido todavía hoy, y por qué el comunista fué impotente frente a su hermano gemelo, misterioso *doppel-ganger*. Descubre los rostros del pueblo francés y del pueblo alemán, no vistos en la perspectiva histórica oficial, sino palpados, en su relieve familiar y trágico, bajo las tinieblas totalitarias, por la mano paciente de un artesano artista, de un obrero manual evadido de las abstracciones. Narra la fraternización de las razas abriéndose camino a pesar de las alambradas del odio nacional, y denuncia el golpe mortal asestado a la causa humana por el Partido que lanzó por todo santo y seña liberador «Matad a los Boches», cuando había una Europa libre por crear.

— * —

Es un libro que no agrada, sin duda, a los religiosos de ninguna iglesia, pero que todos querrán anexionarse, no pudiendo ahogarlo. Para iluminarle con una luz unilateral, tratarán tal vez de abusar del hecho de que todo recibe en él un rayo de simpatía humana, aun el enemigo más implacable, y que la comprensión se extiende desde el anarquista al hombre de partido, desde el ateo al creyente, y desde la víctima al verdugo. Así es cómo Valtin Hauelsen, el héroe de la historia, militante comunista probado por cien combates, hace un examen de conciencia cuando un nazi que le tiene a su merced le declara haber matado veintiseis judíos; ¿no ha tomado él mismo en serio, con un corazón puro, la idea de la exterminación de los explotadores y de los enemigos del pueblo? El matarife pardo de buena voluntad ofrece un espejo apenas deformante a todo soldado político. Por otra parte, el marxismo revolucionario de los años de crisis, ¿qué ha hecho por el desplazado, por el humillado social, celoso del trabajo estable de los sindicatos rojos, por el joven desocupado que jamás ha tenido plaza en el taller? Las Secciones de asalto que lo han reclutado lo han perdido su sangre y su último céntimo ofreciéndole en cambio el honor de ser un miembro de la gran comunidad de raza alemana. Y si el socialismo significa solidaridad, ¿no ha aportado Hitler el socialismo?

Sin duda, hay otra cosa: el hombre libre. Pero durante mucho tiempo, Valtin Hauelsen permanecerá fiel a la fórmula de Espartaco y de Blanqui: el hombre libre es el que lleva

un arma. Cuando la evacuación de Dunkerque, único de su unidad, ha guardado su pistola, símbolo de virilidad en la época de las guerras civiles. Después se ha cumplido la transmutación de los valores: el soldado es un parásito, el hombre es un portador de herramienta; el que retiene en su cerebro, en su cuerpo, en sus brazos y en la posesión del instrumento del oficio de hombre la autonomía del productor, del creador, del buscador pacífico de la verdad. Los secretos del mundo y de la vida, la intimidad de los seres, todo eso es inaccesible a la violación de las armas, a las revelaciones de la guerra y de la muerte, a la cirugía de la policía científica y a la fuerza aplastante de las multitudes. El socialismo es la moral del productor, la ética del trabajo.

Desde este momento el partidario se ha convertido en un obrero del taller, el militante en un obrero del pensamiento; ha nacido un constructor que maneja alternativamente la pluma y la herramienta.

— * —

He visitado muchas veces a Georges Glaser cuando trabajaba todavía en la casa Renault y no tenía más que sus noches para escribir. Más tarde, he sido uno de los familiares de su taller de latonero, donde trabajaba la plata, el cobre, el bronce, bajo la dura luz del neón, después reposaba poderosamente en coloquios con sus visitantes, en piscobabys regados con el vino de una cantimplora de cuero, dibujando, leyendo.

Nacido en la ciudad romana e imperial de Worms, país de herreros y de viñedos, el autor de *Secret et Violence* es un hombre rechoncho de perfil cesáreo y germánico, de tez morena y cabellos castaños, de frente testaruda, de mandíbula sólida; es una imagen de la fuerza equilibrada y dominada, agitada sin embargo por una inquietud que sacude la voz sonora, la risa jovial.

Esa inquietud viene de lejos: de una infancia mártir—«mi padre habría hecho de mí un monstruo si el brazo desnudo de mi madre no se hubiera interpuesto a veces entre los golpes de correas o de bastón y mis espaldas»; de una adolescencia vagabunda, a la búsqueda de lo que puede valorizar ante sus propios ojos a un ser oprimido; de una juventud agitada, en ese caldero de bruja política que era la Alemania de los años 30; de una civilización sometida a los más salvajes emparejamientos de la persecución policiaca y de la crueldad de los combates; y tal vez, en el fondo, de una soledad incurable en el hombre errante que había querido fundar alrededor de sí una comunión estable, familiar, de seres próximos y seguros, inalienables, arraigados en algún jardín del mundo por su robusto apetito de alimentos terrestres.

— * —

Georges Glaser tiene cuarenta años: la edad de Rousseau cuando se dió a conocer como escritor. Su gran libro de hoy, ¿es el principio de una gran obra, un despejo del pasado, en extremo cargado, para acceder a una creación más libre, o es la suma de una experiencia que no se renovará ya con la misma riqueza? Hay ahí el misterio de una vocación antigua, puesto que el gusto de escribir fué, en este obrero, contemporáneo de la vocación plástica, de la que sintió los llamamientos directos a los dieciséis años.

Por mi parte, no dudo, después de *Secret et Violence*, de los dones auténticos de su autor.

Entre los libros cuya composición medita Glaser, se pue-

(1) *Secret et Violence*, par Georges C. Glaser (Ed. Corrêa).

de citar ya L'Affaire Prométhée, que girará en torno al tema de rebelión incluido en el trabajo humano, y una tentativa de explicar, con datos biográficos todavía mal conocidos, la existencia y el acto de Marinus van der Lubbe, el incendiario del Reichstag.

Ojalá crezca el eco de esta obra con ella; y ojalá crezca ella, con el estímulo del primer éxito, en la fidelidad a ese mensaje de los años oscuros que su gestación ha atravesado.

A. PRUDHOMMEAUX



DESBRAVAR EL SEQUIZO

Hay acantopterigio (atún), que me encuentra a mí espinudo y aguijonudo. Descuidando datos tan oradores y de tan elocuente cuerda vocal o bucal, como éstos: que entre pinchos florecen rosas; que entre las tortillas, cosidas de anzuelos, del nopal, se entraña de mieles el refrescante higo chumbo; que el propio Sahara tiene el arenal transverberado por oasis de millones de palmeras; y que, en fin, a la sublime Natura hasta en sus estepas más áridas se le infla la tabla del pecho con vesicaciones y ubres de madre.

Cobrarle jugo y suavidad al esparto es hazaña sólo pareja a la de México, ordeñándole dulzura al maguey. El indio azteca le extrae al cactus comida, bebida, calzado, techo y abrigo. Los gusanos de maguey fritos no están nada mal. Y tampoco la horchata o pulque, que le hacen destilar las tribus indígenas, que benefician hasta la choya y el huizache. La fibra henequene la enriquece al maya yucateco, de más penas que su planta nutricia.

Hay en el Anáhuac una cultura del Pedregal—del pedregal de San Angel—, como hay en nuestro Sureste una cultura del esparto. Un espartal descorazonaría a Alejandro el Macedón. Pero, esto no reza con conquistadores del terruño, tan corazonados e inquisos, como los bravos de nuestra hortelania mora, levantina y levantisca. De no menos aguerrimiento laborioso, que la de Sumer, en donde las artes suntuarias de la esterería y la espartería tenían 2.500 años de edad, cuando nos fastidió Jesucristo. En la célebre vaina del puñal de Mes-kalam-sar, el damasquinador imita los trazados del estero.

La atocha perdiguera, broza salvaje indomada o domada muy mal, cubre a Yecla, Jumilla y Hellín. A Jumilla y buen trecho de la Mancha piojosa, de caliza tan remostada sin embargo.

De esparto fabrica el campesino de Albacete sus alborgas (alpargatas), bateas o ruedos para recaudar o prensar el orujo, aguaderas y jáquimas, torteras con cazolones para servir el gazpacho, caracoleras para desbabar el caracol, cofines o cestones, cofinetas y cenachos; álabes o esterillas, para tapizar el varal de los currículos; alfombras, cobijas, seras y serones; asientos y respaldos de cadiras; manteles, capazos y qué sé yo cuántas cosas más. ¿Qué no hará un trenzador habilidoso con la más huraña y bronca de las hilaturas?

A industrial de recursos manuales tan insuspectos ¿también se le tachará de erizado? También quizá, porque es pariente del que hace las navajas—¡y las blandel!—con un lujo tan luciente como los rayos de una estrella. Y porque es el mismo

que revuelve en su abrasado tozuelo las más crespas ideologías. Y porque, entre sus alimentos preferidos, figura el cecial o la salmuera y chacina de pescado.

¿No es por otra parte, y remontando el barrancal, la zapatera Elda una de las metrópolis de nuestro gran simpático extremismo bondadoso? «¡Alto el fuego!» rezaba en la carretera, a las puertas mismas del poblado, una pancarta, cuando la Revolución de Julio.

Y en un mitin, que fuimos a dar allí los rojos rabaneros de las Constituyentes—colorados por fuera, blancos por dentro—cierta cerceta, mostrándoles a sus amigos a Ramón Franco—el del revuelo de Palos al Plata, a caballo en un tonel—deciales con sorna:

—Ahí tenéis al as de las alas republicanas, que voló sobre el Palacio Real tirando perfumadas esquelitas, en vez de bombardearlo con naranjas de diez kilos.

Con la caletera Málaga y el palmar alicantino, fueron la federal Murcia y su cantón al «rus», los que, al protestar contra la sanjurjada, quemando traición y tradición, encendieron a Dios unas candelas, que daba gloria mirarlas.

Poliaspectralidad, que no se debe jesuiticamente preterir, cuando se saca a luz nuestra civilización del esparto. Porque ¿qué luceros y pirotecnias artísticas esplenden como las de nuestro firmamento liberal en el calendario de las fiestas y gestas populares?

Angel SAMBLANCAT



PEQUEÑO EPISODIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

Cárcel Modelo de Barcelona. Estrella irregular, gigantesca, que tiene mucho de cárcel, de modelo nada. Antro de dolor, recinto de miedo, exponente de injusticia, hormiguero de chinches, cuna de rateros.

En este momento hormigean tanto en ella los hombres como las chinches. Hombres que cometieron un crimen horrendo, imperdonable: tener conciencia de sus derechos y defenderlos encarnizadamente.

A ninguno de ellos le será tenida cuenta de la lealtad con que supo batirse.

Torquemada oficia.

El medioevo renace.

La noche se extiende por doquier.

Una niebla espesa, densa, de crimen, lo invade todo.

Una divinidad repugnante, maléfica, exigente, pide víctimas, más víctimas, hasta la saciedad.

En su holocausto, las víctimas propiciatorias suben, para el sacrificio, una tras otra, de dos en dos, en grupo, a millares, hasta el altar del odio.

Pero, contrariamente a lo que podría creerse, el suplicio no comienza ahí. Empezó mucho antes. En los campos de concentración, en las comisarias o centros de falange, en la Jefatura de Policía.

La Cárcel Modelo les sucedió. La cárcel, con su privación de libertad, es un suplicio al que se añaden las chinches, la ración escasa, el frío o el calor excesivos, los palos, el amontonamiento, la promiscuidad no siempre agradable, la disciplina...

Todo eso es insuficiente para satisfacer a los nuevos señores, que han añadido a los suplicios físicos suplicios morales aún menos soportables. Hay que cantar el repugnante «Cara al sol»; levantar el brazo a la romana; chillar «Fran-co», en dos tiempos, al romper filas en el patio o en otro lugar cualquiera; gritar «Viva Franco» y «Arriba España» cada día al arriar el «trapo»; asistir a misa y escuchar los sermones del padre Renúnculo, cada vez que al zote le da por largarnos una de sus soporíferas peroratas, etc...

Por si esto fuera poco, es preciso soportar, a cada instante, las inútiles vejaciones de los carceleros, en su mayor parte antiguos voluntarios del ejército franquista.

Entre ellos hay uno, pequeño, renegrido y malencarado, especialmente de temer. Se llama José García. Es Jefe de Centro, y los presos han dado en llamarlo «Pepe el del quiosco», aludiendo a la garita que se halla en el centro de la cárcel, hacia la cual convergen todas las galerías—excepto el Correccional—, y en la que se halla metido la mayor parte de tiempo.

Dícese que ganó sus galones de teniente en el frente, a fuer de bruto y a medida que le iban agujereando la piel.

Tiene una úlcera en el estómago, el hígado como una esponja y un riñón diluido. Todo eso no le deja tranquilo ni un solo instante, y anda encorvado, tragando píldoras y polvos misteriosos.

¡Ay del preso que cae entre sus manos durante una crisis!

— * —

He ahí que algo ha ocurrido en la cuarta galería: la galería de los condenados a muerte. Una ligera manifestación de indisciplina, sin duda. Un incidente sin importancia, que no tiene, normalmente, resonancia alguna. El carcelero de servicio lo señala al Jefe de Centro, a la hora del parte. Y dáse la circunstancia de que el tal jefe es hoy, don Pepe, que anda desde hace algunas horas, ano en ristre, bombardeando de excrementos a la corte celestial, en conjunto o por separado, según qué y cómo le duele.

La reacción, por tanto, no se hace esperar.

Don Pepe hace salir a todos los de la cuarta al patio. Los menos ágiles o afortunados—porque la puerta no es muy ancha y todos no pueden salir a un tiempo—reciben algún que otro mamporro, para que se den cuenta de que la úlcera toma posesión de la galería.

¡A formar!

Tres largas hileras se forman, paralelas al muro interior que circunda la cárcel.

¡Fir... més!

¡En su lugar!... ¡aro!

¡Hay que ver! ¡Hay que ver qué manera de hablar castellano tienen los españoles hijos de Martel!

¡Fir... més!

Don Pepe, napoleoncito bilioso, gesto torvo y enconado, se pasea de una punta a otra de la formación, como quien pasara revista dispuesto a encontrar defectos por doquier.

En verdad, lo que hace es buscar los términos del vengador discursillo que piensa soltar a los allí reunidos, según tiene por costumbre cada vez que polvos y píldoras no surten efecto. Mas como no posee, según parece, genio inventivo, recurrir a la tonadilla de rigor, que se resume aproximadamente como sigue—dicha con un acento andaluz que me sería imposible imitar:

—Os lo tengo dicho y redicho: aquí mando yo. La época de los rojos, rojinegros y otros colores, se acabó. Ustedes no tienen más que obedecer, y al que se mueva lo muelo a palos. Ténganselo por dicho: aquí no estamos en ningún sindicato, y ustedes no tienen aquí ningún derecho. No son más

que basura. ¡Qué digo? ¡Ni basura! ¡Ya lo saben ustedes, ni basura!

Al llegar aquí parecía haberlo dicho todo y daba la impresión de estar satisfecho. Pero no. Aún le quedaba algo en el buche. La úlcera, que debió darle un retortijón...

Añadió, pues:

—Además, aquí no hay más riñones que los míos...!

Dicho lo cual, avanzó un poco más la cabeza, como para darse cuenta del efecto producido por tan elocuente exabrupto.

Mas en algún lado debía estar escrito que aquel día no gozaría de la victoria completa que esperaba, porque una voz respondió:

—¡Y los míos!

Don Pepe quedó alelado. Los guardianes que le acompañaban pensaron ser juguetes de una ilusión. Algunos de entre los presos creyeron que un ángel exterminador había bajado—o subido—para terminar con la úlcera de don Pepe.

Otros se metieron el dedo meñique de cada mano en la oreja del lado correspondiente y lo sacudieron fuertemente para estar seguros de que habían oído bien. Algunos contaron mentalmente los palos que recibiría el atrevido. En fin, los hubo que tuvieron ganas de echar a correr, y otros que no pudieron más que sonreírse viendo el semblante de don Pepe.

El que más y el que menos presintió una catástrofe.

Pasó un lapso de tiempo interminable. Hubo quien dijo que una hora.

Don Pepe retrocedió un paso:

—El señor que ha dicho eso, que haga el favor de salir...

Un hombre avanzó...

—Póngase a mi lado—dijo don Pepe.

Y dirigiéndose a los demás, prosiguió:

—Y ya lo saben ustedes, aquí no hay más riñones que los míos... y los de este señor.

¡Rompan filas!... ¡ar!

J. VILAGELIU



ALBERTO REMBAO

En su activo espiritual tiene América una de sus figuras egregias en Alberto Rembao. Como Baldomero Sanín Cano, que en junio de este año entra en la gloria ilustre de noventa años de su vida laboriosa con una obra humanística en los cuatro horizontes de la universalidad; como Joaquín García Monge otro de los próceres de alta alcurnia liberal, que en el terreno de la cultura se ha creado un monumento en las letras continentales, trabajado a cincel desde el «Repertorio Americano», cuyas columnas están abiertas a todas las inquietudes; como Alfonso Reyes, que, aunque de otra generación, desde México nos apunta con su sabiduría y su prosa pulida la prosapia de los mejores escritores de nuestra lengua por su anchura humanística; como Rafael Heliodoro Valle, como Luis E. Valcárcel, Alberto Rembao forma parte de esa legión

de hombres hipotecados a sí mismos, que han soldado los principios de la cultura a su propio corazón y los convierten en ideal de sus vidas. Son esos principios, por cierto, los únicos que justifican el derroche de una existencia lanzando al voley la semilla viviente que será ruto del ancho campo de la libertad, que ha sido principio de independencia de todo un continente.

Alberto Rembao ha nacido en México, pero pertenece a toda la colectividad en cuerpo y en espíritu. Hombre inquieto y disconforme, desde sus primeros años anda en busca de la palabra que exprese el pensamiento humano. Vió la luz del sol en Chihuahua el siglo pasado. La revolución mexicana lo encontró en sus filas con el ardor del revolucionario «que significaba vivir a la manera de Ricardo Flores Magón, cuya vida fué sucesión de martirios, persecuciones y cautiverios» hasta fallecer en una cárcel yanqui. En aquel entonces los revolucionarios eran auténticos, peleaban con todo el valor y todo el vigor. «Lo que de antes fuera calvario, es ahora deporte».

Pero ésta es una de sus tantas actividades en el curso del vivir cotidiano, ya que, simultáneamente, alterna su profesión de combatiente con la de periodista, que todavía ejerce con los mejores afanes. Colabora en varios órganos de la prensa mexicana, forma parte de institutos de cultura popular, se convierte en conferenciante, y en estos avatares los años le van pisando los talones y los acontecimientos se suceden hasta el punto de modificar la geografía política de México y el orden geográfico mundial en dos guerras donde mueren hombres y almas, almas sobre todo. Y en este trajín, Alberto Rembao, fiel en su ministerio de defensor de la revolución de su país con todos los medios a su alcance, escribe en la prensa, pronuncia conferencias y publica una docena de libros sobre la revolución mexicana: «Democracia trascendente», «Meditaciones neoyorquinas», «Mensaje, movimiento y masa», «Flor de traslaciones», «La vida heroica», «Problemas industriales y rurales», para cumplir con un deber «que en la historia de todos los pueblos es menester que aparezca como macizo de jardín donde germine la semilla de la libertad, y el arbusto del progreso, y el árbol de la ciencia», convertido en ideal como algunos de los «tantos postulados gloriosos que nos empujaron a los campos de batalla», según sus propias palabras.

Delante del tiempo, Alberto Rembao trata de permanecer alerta a todos los acontecimientos universales. Acaba de publicar un jugoso volumen de recuerdos personales: «Chihuahua de mis amores», no como tarjeta de despedida, sino más bien como regocijante nota para un desarrollo posterior. En este libro, tan parecido a «De mi vida y otras vidas», de Baldo-mero Sanís Cano, pasan, como llevados de la mano, hechos y acontecimientos históricos; anécdotas y opiniones sobre los

distintos temas que preocupan a personas y pueblos de nuestra civilización. Y mientras la geografía mundial, en el orden político, se modifica con el vaivén de guerras y revoluciones; y el orden social, en términos generales, remolinea como tratando de buscar un cauce ahora desde Nueva York, la ciudad de los altos edificios que en vano logran tocar el cielo, a cuyas alturas llegan los ideales del gran escritor.

Mientras unos hombres se entretienen en disputas bizantinas, conferenciando respecto a cómo mutuamente han de engañar mejor a los pueblos, y los cañones zumban en distintos lugares de la tierra, y mueren los hombres por una causa que no es la suya, y se mueven todos los resortes y riquezas del universo para conducirlos de continente a continente y transformarlos en elementos de destrucción infernal en ese infanticidio que oscurece la razón, Alberto Rembao atisba, escribe y medita, porque cree en el hombre como elemento espiritual, sobre el materialismo doméstico que pasa por manoseo del mercado de las cosas perdiendo siempre algo, y descubre nuevas constelaciones en el firmamento idealista de la humanidad, cantera purificada por todos los sabores y martirios desde la noche de los tiempos históricos. Porque Alberto Rembao es un creyente de la nueva causa, que en cada lengua tiene un nombre distinto, pero en todas un fundamento y destino común. En todos los villorrios, ciudades y naciones del mundo tenemos un amigo como el que este egregio Alberto Rembao simboliza en el terreno de las especulaciones culturales. Por ellos; por su profunda constancia; por su no ceder frente al destino, por aciago que sea; por su no cejar en el empeño de seguir adelante, sin detenerse, seguro siempre de que el triunfo será suyo, alumbrará el sol mañana. Por esa firme voluntad y confianza en el porvenir y la libertad, que ningún cataclismo podrá alterar en lo más mínimo, es inalterable nuestra creencia en el porvenir, cuyo himno están construyendo esos poetas de la nueva era.

Desde «La Nueva Democracia», Alberto Rembao, abiertas sus manos a toda persona que se le acerque, predica sus ideales, que son el mensaje de la fraternidad activa. Es un culto el suyo que no tiene símbolos, ni exige sacrificios sangrientos, ni posee cámaras torturadoras. Su evangelio es de este mundo: es de hoy, para mañana y para siempre, porque es el ideal del hombre para la humanidad.

América, como otras partes del mundo, tiene sus profetas en el campo de la poesía y del arte en general, que son sus intérpretes más fieles. En sus creaciones artísticas ponen parte de sí mismos. Cuando leemos a esos maestros nos sentimos en comunión, como diría el gran Guerra Junqueiro, con ellos.

Campio CARPIO



REBAÑOS PACIENDO EN EL MONTSENY (CATALUÑA)
Ayuntamiento de Madrid



NUESTRA PORTADA

La Giralda, célebre construcción adyacente al cuerpo de la mezquita de Sevilla y uno de los más interesantes modelos del estilo hispano-morisco, llamado transición.

70 frs

Ayuntamiento de Madrid